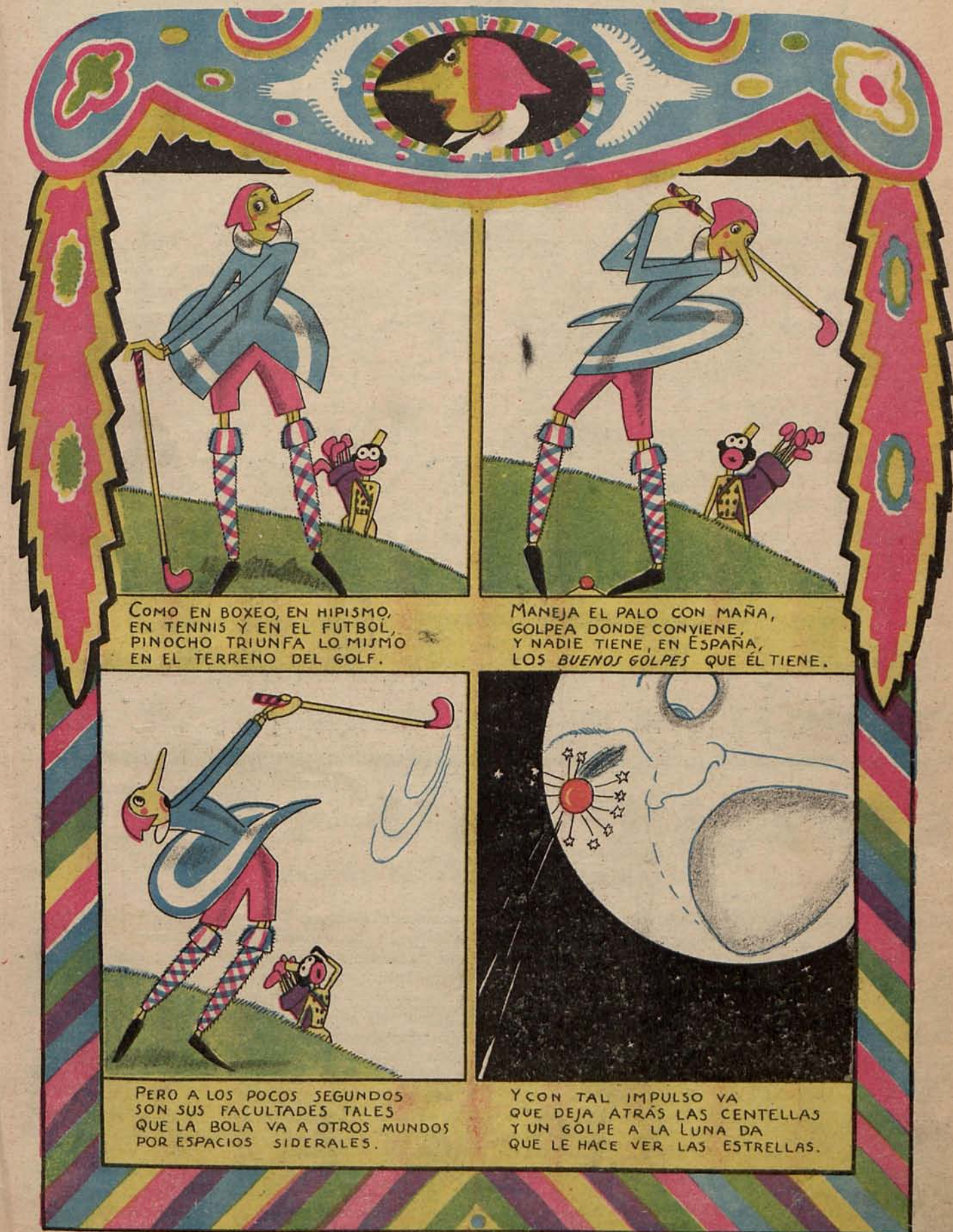


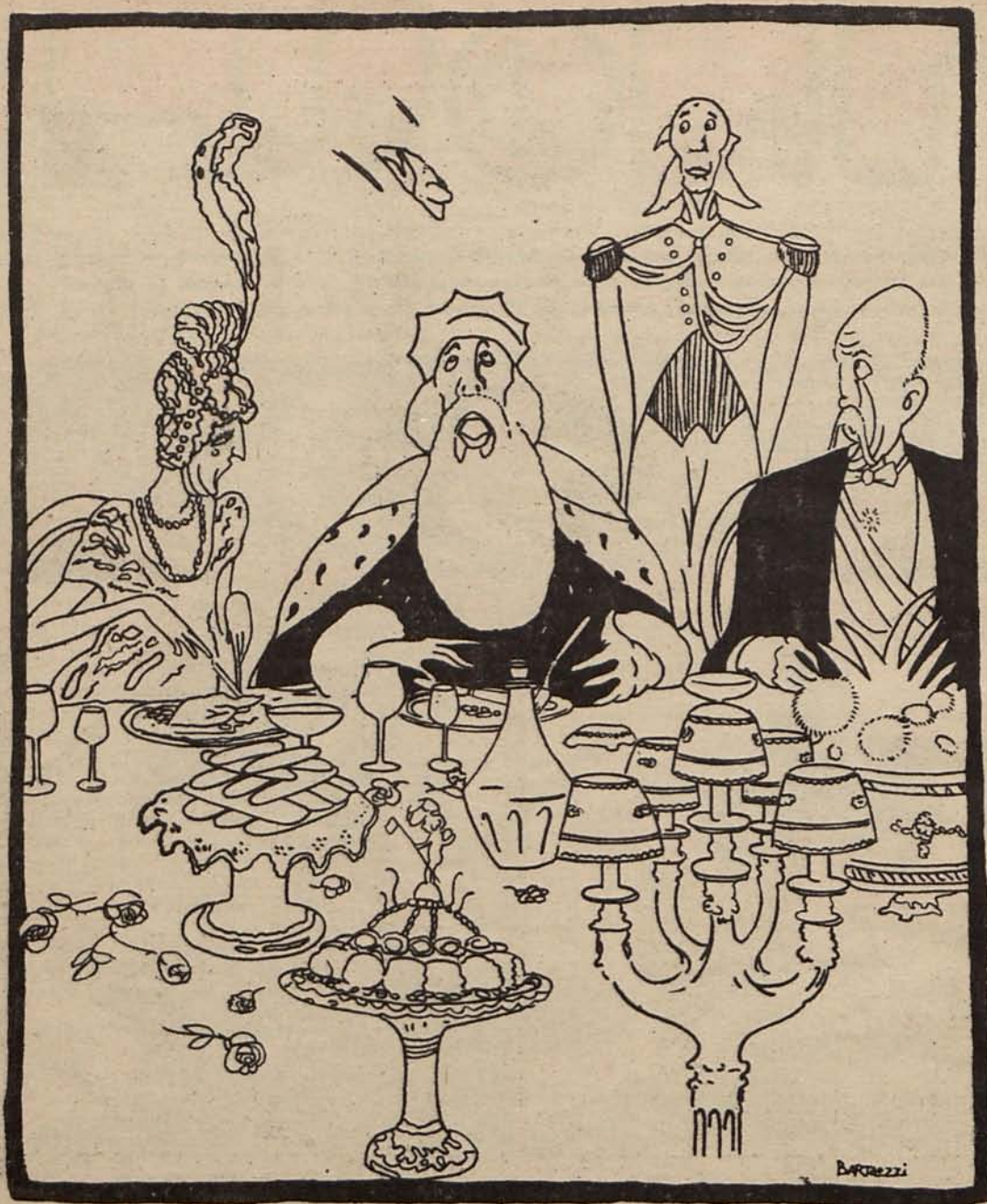
PINOCHO

Semanario infantil que publica los domingos la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. :: Administración, cierre y talleres: *San Sebastián*. :: Administración, correspondencia y suscripciones: *Madrid*, calle de Valencia, 28. Apartado 447. :: Suscripción: España, Portugal y América, año 20 pesetas. Otros países, año 30 pesetas.

40 céntimos.
Año I.—NÚMERO 29
6 Septiembre 1925



CONCURSO DE COLORIDO



**VÉANSE LAS CONDICIONES GENERALES DE LOS CONCURSOS
PUBLICADAS EN OTRO LUGAR DE ESTE NÚMERO**

CURiosIDADES

POZOS DE PETRÓLEO EN EL MAR

Los habitantes de las costas de California, que se dedicaban a las faenas de la pesca, observaron hará un par de años que en algunos puntos no muy distantes de la costa aparecía sobre la superficie del mar, unas manchas oleaginosas. Dieron estos pescadores cuenta de su observación, y con la actividad característica en los norteamericanos se realizaron estudios submarinos que dieron como resultado el hallazgo de unos riquísimos yacimientos petrolíferos en el fondo del mar.

El hallazgo constituía una fabulosa fortuna, que no podría explotarse... Pero... ¿Fortuna que no puede explotarse, estando en manos de norteamericanos? Eso no podía ser, y no ha sido. Se han hecho multitud de ensayos para la explotación, hasta que se ha adoptado un sistema muy curioso.

Se han cavado unos pozos en el fondo del mar (claro es que en las proximidades de la orilla y aprovechando la baja mar), se ha desecado con bombas po-

tentísimas el pozo, se ha cerrado después de una forma hermética, y en seguida se ha instalado un resistente tubo de acero que sostiene una torre metálica. Para que los furores de Neptuno, rey y señor de los mares, no den al traste con esta labor, se han construido defensas contra las olas. Anclando en las proximidades barcos ya inservibles o anticuados.

Es curiosísimo para los viajeros marítimos que pasan frente a estos parajes el espectáculo que se les ofrece al ver una región industrial que no se detuvo ante la orilla del mar, sino que avanzó hacia las aguas, en busca de una materia prima de inapreciable valor en la industria moderna.

Durante la pleamar sólo se ven las partes altas de las torres que emergen de las aguas. Como esta región fué antes una playa de moda, a los cronistas se les han ocurrido cosas muy ingeniosas sobre el lugar de placer convertido en lugar de trabajo.



EXTRAORDINARIAS AVENTURAS DE CABEZA DE PIEDRA POR E. SALGARÍ

(Continuación.)

—Sí, maestro mío —respondió Sir William Mac-Lellan—. Mary ha querido seguirme a toda costa, asegurándome que tenía funestos presentimientos y que una separación habría de costarle la vida. Me he visto precisado a complacerla, permitiéndole venir a compartir conmigo los riesgos de una guerra feroz y las desventuras de un país desolado, en un clima espantoso.

—¡Por mil campanarios! —exclamó el bretón—. Si el marqués vuestro hermano lo supiera, no se daría tregua mientras no hubiera tomado el castillo, muerto a sus defensores y arrebatado a la baronesa. Precisa, pues, ocultar su presencia.

—¿Tienes miedo? —preguntó Sir William con cierta vacilación.

—Por mí, no... Pero por la baronesa, yo también...

—¿Qué? Acaba...

—Nada, nada.

—¡Habla!

—Os suplico, mi comandante...

—Lo quiero.

—Tengo cierta inquietud, eso es.

—¡Ah!

—Presentimientos poco agradables. Pero ¡qué diantre! Parezco una mujerzuela del burgo de Batz, y Petifoque tiene razón al burlarse de mí.

Ya era día abierto, pero la niebla ocultaba aún a la mirada de nuestros amigos la extensión del lago Champlain.

Los iroqueses habían huido hacia el interior, y los mandanos vencedores tornaban en grupos, trayendo consigo armas, bagatelas y cabelleras arrancadas a sus enemigos vencidos. Las pérdidas eran numerosas por ambas partes; pero en su huida, los iroqueses habían sido diezmados y reducidos a tal estado, que en mucho tiempo no podrían pensar en el desquite. Según una bárbara costumbre, los heridos enemigos fueron rematados y escarpados, y los mandanos recogidos y curados con los remedios empíricos de los curanderos.

Bajo un montón de cuerpos humanos, durante las pesquisas, se encontró el de Mancha de Sangre, al parecer muerto; pero el valiente *vice-sakem* estaba sólo herido, aunque grave, y el compañero del barón de Clairmont aseguró que, dada la robusta constitución del guerrero indio, estaría restablecido en pocos días.

Todo marchaba, pues, a las mil maravillas, cuando Cabeza de Piedra lanzó una exclamación de espanto, mientras se palpaba por todo el cuerpo.

—¿Qué hay? ¿Qué sucede? —le preguntaron todos ansiosos.

—¡Cuerpo de una corbeta volada...! —rugió el bretón—. ¡Lo que hay!... ¡Las dos cartas del general Washington y del barón..., las cartas con sello verde que había entregado a Petifoque cuando luché con el Oso de las Cavernas, y que el gaviero me devolvió después de mi triunfo...!

—¿Dónde están?

—No las encuentro..., ya no las tengo..., ¿comprendéis?

CAPÍTULO XVI

HACIA EL CASTILLO DE CLAIRMONT

En los rostros de los amigos del viejo maestro se dibujó la consternación que producían sus palabras. El incidente, sin duda alguna, era de excepcional gravedad. Es decir, que habían llegado allí; después de tantos peligros, habían luchado contra Davis y los iroqueses para salvar las dos cartas destinadas a Arnold y Saint-Clair, comandantes del fuerte de Ticonderoga, y de pronto notaban asombrados que aquellas dos preciosas cartas, por una misteriosa fatalidad, habían desaparecido, cuando creían encontrarse libres y en disposición de hacerlas llegar a su destino.

Cabeza de Piedra no sabía cómo explicarse su desaparición, y estaba desolado. Se arrancaba sus escasos cabellos, o intentaba arrancárselos, pues estaban bien arraigados en su cabeza, y se las había con todos los campanarios de la tierra y todas las naves del mar, como si fuesen criaturas sensibles a sus reproches.

Sir William Mac-Lellan, que se había separado algo del gentil

hombre francés, oyó la música del cañonero y se informó de la causa.

—¡Han desaparecido las cartas!... —exclamó consternado, al enterarse—. ¡Diantres, es una verdadera desgracia! Pero no sería tanta, si al menos pudiéramos saber que no han caído en manos de personas interesadas en aprovechar su contenido contra nosotros y contra la causa americana, sino que se han extraviado simplemente.

—Así espero que haya sucedido —se apresuró a decir Cabeza de Piedra, aferrándose a aquella esperanza como a una tabla de salvación—. Nadie puede habérmelas robado...; las debo haber perdido yo tontamente, como si fuera una imbécil comadre de Batz enamorada...

—Si así es —continuó Sir William— la situación no está comprometida irremisiblemente y no debemos desesperar.

—Me consoláis, comandante... Muchas gracias.

—Sí, porque yo conozco de memoria el texto de las dos cartas, una de las cuales es mía, por lo demás..., y me será fácil recitarlas de corrido a los comandantes de Ticonderoga, con las disposiciones exactas del general Washington. Pero necesitamos llegar cuanto antes al fuerte americano.

—Yo os indicaré el camino más corto y más seguro —dijo Godofredo Lenpinois, barón de Clairmont, que escuchaba el diálogo—. Seguidme al castillo. Allí discutiremos y proveeremos a todo.

—Como queráis.

Iban a ponerse en marcha, cuando Cabeza de Piedra dejó oír otra exclamación.

—¿Qué ocurre ahora? —preguntó Sir William, un poco inquieto.

—¡Oxford!... —dijo el maestro, mirando en torno suyo.

—¡Oxford!... ¿Qué tiene que ver aquí, en el Canadá, esta célebre sede de la ciencia y de la enseñanza de Inglaterra?

—¡Cuerpo de un campanario!... —continuó Cabeza de Piedra—. ¿Lo habremos matado, o habrá huido el pillastre? Verdad es que no era muy intrépido, pero...

—¿Acabarás de explicarte y de decirme de quién estás hablando?

—¡Por el burgo de Batz, hablo del secretario del marqués!

—¿Cómo?

—¡Ah!, es cierto, mi comandante, que no sabéis cómo andan las cosas. Ahora os pondré al corriente de todo lo que olvidé deciros. Pero dejadme antes dar algunas órdenes a mis compañeros.

—Anda.

Cabeza de Piedra llamó a Petifoque, Jor y los dos hessianos, y los encargó de buscar por todas partes al pusilánime Oxford; una vez hecho esto, volvióse a su capitán y le dijo:

—En la premura de informaros de los acontecimientos que han tenido lugar durante nuestro viaje, me he olvidado de narraros la captura de mister Oxford y los cambios operados en su ánimo al verse abandonado en nuestro poder por su amo. Sabed, pues, cómo están las cosas.

El bretón refirió al barón lo que ya saben nuestros lectores. Y continuó:

—Durante el asalto de los iroqueses, hemos perdido de vista al secretario del marqués. Pero eso no debe extrañar a nadie, pues es un cobardón que se asusta de un conejo. Mientras abordábamos el bergantín de su amo, ha permanecido oculto en el fondo de una barca para huir de las balas y no sentir siquiera su silbido. Ahora, de seguro que si no ha muerto de espanto, se habrá refugiado en cualquier escondrijo a esperar el resultado de la batalla, o habrá puesto entre su persona y el campamento la mayor distancia posible a fuerza de correr.

—¿Y crees sinceramente que se haya vuelto contra Halifax?

—Seguro; un hombre que ha estado a punto de ser colgado de una cuerda escurridiza, esperando en vano el auxilio de su amo, no puede seguir siendo fiel a la causa de éste.

—¡Quién sabe!... Acaso su primer impulso ha sido ése; pero después, su propio interés puede haberle hecho fingir ante vosotros para sorprender vuestros secretos y tenderos cualquier asechanza.

—¡Diablo!

—Convendrá vigilarle...

—Yo tengo siempre los ojos bien abiertos.

—Nunca pienses de los demás como de ti mismo.

El maestro no respondió palabra, quedando pensativo.

En aquel momento se oyeron algunos gritos y risotadas en uno de los extremos del campamento.

—¡Miradlo!...

—¡Ya descubrimos la pieza!

—¡Arriba, cobardón; ánimo, conejo, que ya no hay peligro!

—¡Ja, ja, ja!...

—No haber nunca fisto hombre más mietoso.

Eran las voces de Petifoque y Ulric, que resonaban clamorosas. Todas las miradas se volvieron hacia el lugar de donde partían, y vieron a los dos fieles compañeros del maestro de *La Tonante* alzar del suelo a un hombre y sostenerlo por los sobacos, empujándolo hacia adelante con enérgica impaciencia.

—¡Cuerpo de mi vieja pipa de familia! —exclamó Cabeza de Piedra con alegría—. ¡Es él, Oxford, en carne y hueso!... Se había escondido para que nada le tocara ni por equivocación. Me alegra volver a ver a este pobre diablo y no haberle juzgado mal.

—Tanto mejor —dijo Sir William—. Si nos es devoto, podrá ser útil a nuestra causa.

—Estoy convencido de ello, mi comandante.

El secretario del marqués y sus dos guardianes llegaron al grupo. Oxford estaba pálido y temblaba como un azogado; evitaba las miradas burlonas que se fijaban en él y demostraba una extraordinaria confusión.

El viejo bretón se adelantó hacia él y le tendió su manaza leal, gritando:

—¡Eal, querido secretario, nunca seréis un héroe, pero sí un buen hombre, y me alegra veros de nuevo entre nosotros sano y salvo. ¡Vamos, serenidad, que estais en presencia de Sir William Mac-Lellan!

Oxford se estremeció y levantó sus ojos avergonzados. Entonces vió al barón que lo examinaba con mirada escudriñadora y desdenosa.

—Sir, perdonadme el triste espectáculo que os ofrezco con mi pusilanimidad —balbuceó inclinándose profundamente—. No soy hombre de guerra, y al primer chispazo de la batalla me he escondido debajo de un montón de pieles de alce y de oso, y allí he estado medio muerto de miedo; no sé cómo hubiera hallado fuerzas para salir de allí si Petifoque y Ulric no me hubiesen descubierto y sacado de mi escondite.

—Repóngase, mister Oxford —repuso el barón—. En vos el miedo no es falta; por consiguiente, nada tengo que perdonaros.

Al oír estas palabras, veladamente irónicas, el secretario del marqués de Halifax se mordió el labio, mientras un relámpago que nadie vió pasó por sus ojos, velados por las cejas.

—Señores —se apresuró a proponer Sir William Mac-Lellan—, no perdamos más tiempo. Me corre prisa, como al señor de Clairmont volver al castillo, donde personas queridas estarán con zozobra por causa nuestra. En marcha.

Ya era día claro, y todos los mandanos supervivientes estaban entregados a la labor de poner orden en el campamento.

—¿Sabéis lo que voy a hacer? —dijo Cabeza de Piedra.

—Vamos a ver.

—Voy a reunir en asamblea a todos mis súbditos.

—¿Y luego?

—Luego les voy a dirigir una especie de discurso.

—¿Con qué fin?

—Con el de manifestarles que ya estoy cansado de ser *sakem* y que renuncio al cargo.

—Falta saber si tus doce mujeres estarán contentas —observó el joven gaviero.

Contentas o no, estoy ya hasta los pelos y decidido a plantar a los señores pelirrojos.

—Sería un error que tendríamos que lamentar amargamente —dijo con tono grave el canadiense Jor—. Los mandanos os adoran, maestro Cabeza de Piedra; os consideran como el hombre, el caudillo que los ha de preservar de las iras de los iroqueses vencidos. Si los abandonáis, vos y vuestros amigos, en este momento se volverían contra vos y serían muy de temer. Debéis tener paciencia y seguir siendo el *sakem* de los mandanos.

—¡Por vida de un campanario!...

—Además, este ejército de salvajes no es útil, y puede serlo asimismo a la causa americana... Son carne de cañón. Los tendremos en las orillas del Champlain para oponerlos a los ingleses.

—Tenéis razón, después de todo. ¡Me sacrificaré!

—Al menos hasta que Mancha de Sangre esté en condiciones de sucederos.

—Está bien.

—Además no olvidemos que hay que salvar a Riberac.

—Es verdad.

—Si tenemos tiempo.

Explicaron el caso a Sir William y al señor de Clairmont, quienes de consumo dieron la razón a Jor. Decidióse, pues, que Cabeza de Piedra, con una escolta de guerreros indios, acompañara a sus amigos hasta el castillo para presentar sus homenajes a la baronesa de Mac-Lellan y pertrecharse de armas y municiones que el señor de Clairmont tenía ocultas en secretos subterráneos. Seguidamente, con Jor y un destacamento de marineros, volvería a la tribu para ponerse en busca de Riberac, mientras Petifoque y los hessianos se quedarían con Sir William, quien haría cuanto pudiese por llegar al fuerte de Ticonderoga, ya que las dos cartas se habían extraviado y era preciso comunicar de palabra el contenido de las mismas a los dos comandantes americanos.

Una vez convenido el plan, Cabeza de Piedra tomó consigo una veintena de guerreros mandanos escogidos entre los mejor portados y decididos; hizo que Jor explicara a los demás la razón de su momentáneo alejamiento, por no estar muy al corriente del lenguaje indiano, y junto con sus amigos y los marineros se puso en marcha hacia el castillo de Clairmont.

Por el camino, Sir William explicó las causas de su aparición in-

esperada en las orillas del Champlain, las cuales referimos aquí porque dan idea exacta de la situación respectiva de los dos Estados beligerantes.

—Amigos míos —comenzó diciendo el animoso barón—. Dada vuestra prolongada ausencia del teatro principal de la guerra, seguramente ignoráis muchos de los acontecimientos ocurridos en estos últimos tiempos. En pocas palabras procuraré ponerlos al corriente de ellos.

«Ya sabéis que el ejército del general Washington está compuesto de tropas regulares a sueldo, que constituyen el llamado ejército continental, y de milicias voluntarias reclutadas en los distintos Estados. Las primeras, por desgracia, apenas si llegan a mil quinientos hombres; las segundas, si bien más numerosas y hábiles para seguir y molestar al enemigo, no saben resistir una batalla en campo abierto.

»Para mayor desgracia, desde los comienzos de este año las enfermedades han causado a las tropas más daño que las espadas y fusiles ingleses; y Washington, mientras estaba en Morristown, se ha visto precisado a ordenar la inoculación de viruela a todos sus soldados, manteniendo secreta la operación para que los ingleses no se aprovecharan del estado de debilidad de los suyos para atacar su ejército y destruirlo.

»Ya avanzada la primavera, Washington se trasladó a Middlebrook para vigilar desde allí los movimientos de Howe. El general inglés, para sacarlo de aquella posición, fingió retirarse a la isla de los Estados y, en efecto, envió a ella la artillería y los bagajes. Washington cayó en el lazo y salió de Middlebrook para hostigar la retaguardia enemiga. Howe, entonces, deshizo el fingido movimiento, y dividiendo sus fuerzas en dos columnas, una a sus órdenes y otra al mando de Cornwallis, atacó a los americanos por dos puntos a la vez, buscando su exterminio, y lo hubiera conseguido, si un batallón de nuestra infantería no hubiese encontrado a las tropas de Cornwallis, cuya misión consistía en atacar por la espalda a Washington, y empeñado resueltamente la lucha. Al fragor del combate, el dictador americano comprendió el engaño en que había caído, y habilmente apresuró la retirada, volviendo a entrar en Middlebrook.

»Howe no se desanimó al verse descubierto. Dió órdenes de tener lista una flota, embarcó en ella a sus tropas y se hizo a la vela desde Sandyhook. ¿Dónde iba? Misterio. Washington dudaba, vigilante. Apenas supo que la flota se había demostrado ante la bahía de Delaware, sospechó que el objeto de la expedición fuese Filadelfia, y corrió sin perder tiempo en auxilio de esta ciudad.

»Pero Howe, sin duda, sabía que el Delaware estaba impracticable por las empalizadas y restos de navíos hundidos que lo obstruían; se dirigió, pues, a la bahía de Chesapeake y desembarcó a sus tropas en el Cabo del Elk. Los dos ejércitos enemigos estaban frente a frente, a una distancia de siete millas tan sólo, separadas por el río Brandywine.

»Entre los soldados de Washington se contaban hombres de la alta nobleza europea, que habían venido para combatir en nombre de la idea republicana. Los más notables entre ellos eran, o mejor dicho son, porque el Cielo ha querido conservarlos todavía al triunfo de la causa americana, el marqués de Lafayette, venido de Francia apenas cumplidos los diez y nueve años, después de abandonar una esposa adorable y una Corte llena de esplendores, para combatir como simple soldado en las filas americanas...

—¡Por todos los campanarios de Bretaña —exclamó Cabeza de Piedra, enjugándose con el dorso de la mano los ojos humedecidos por lágrimas de alegría, al ver el honor que se hacía a un compatriota—. ¡Viva Francial!... Pero ese noble mozo merecía un buen grado en el ejército. Yo lo habría nombrado...

—Mayor general, como lo nombró el Congreso americano —continuó Sir William—, admirado del entusiasmo y de la modestia del joven marqués que, al contrario que tantos otros, venía a pedir sencillamente un fusil y un puesto humilde, abandonando honores y comodidades de todo género en su patria.

—¡Viva América! —volvió a tronar el bretón en el colmo del entusiasmo, mientras los demás le hacían eco.

—El marqués de Lafayette, pues —prosiguió el barón—, y el conde Casimiro Pulawski, heroico defensor de la libertad de su patria, la desventurada Polonia.

—Perdonadme, Sir —intervino el señor de Clairmont—, ¿no es este conde Pulawski, el polaco, que hace algunos años osó arrebatar, a la cabeza de un puñado de valientes, al rey Estanislao dentro de los mismos muros de la ciudad de Varsovia?

—El mismo.

—¡Ah, si los Estados Unidos contasen con algunos hombres como Lafayette, Pulawski y vos, Sir William, y vuestros fieles..., verían su independencia adelantar a pasos de gigante!

—Yo de nada temo —replicó el barón con resuelta y llana admiración—, mientras sepa vivo, vigilante y activo a aquel que responde al nombre de Jorge Washington.

Un respetuoso silencio siguió a las solemnes palabras de Sir William, que lo aprovechó para reanudar su relato de esta suerte:

—En la mañana de aquel día fatal el general Howe inició el ataque contra Washington, y con la táctica acostumbrada ordenó que la derecha del ejército, mandada por Knyphausen, hiciera intención de pasar el río Brandywine por Chadsford, y la izquierda, con lord Cornwallis, remontase rápida y calladamente el río, vadeándolo y sorprendiendo por la espalda a los republicanos. Y así pasaron las cosas.

Pronto llegó a conocimiento del dictador americano aquella estratagema, y mandó a los suyos que pasaran a su vez el Brandywine y destrozaran a la división de Knyphausen. Pero en aquel punto llegó otro aviso desmintiendo el primero y haciendo pasar por falso lo que era cierto. Washington desistió de su atrevido designio,

(Continuará en el número próximo.)

PINOCHO DEPORTISTA

El primer partido del "Torneo Pinocho"

**El «Athlétic Pinocho»
vence al «Sporting Pinocho»
por 2-0.**

Tras una lucha espantable, a la par que leal y deportiva, los Pinochistas atléticos consiguen su merecida victoria en los terrenos del Hipódromo. — Lo que dice Pinocho. — Lo que ha de ser este Torneo, cuya transcendencia en el Mundo de los deportes ha de ser bien significativa.

En el campo de la Residencia de Estudiantes, galantemente cedido a PINOCHO por el director de esta institución, se ha jugado el primer partido del «Torneo Pinocho», entre los primeros bandos inscritos: «Sporting» y «Athlétic Pinocho».

Fué de tal magnitud el éxito obtenido, que interrogado nuestro personaje Pinocho ha dicho, siendo sus palabras el reflejo más elocuente de la realidad:

«Estoy, más que satisfecho, emocionado; no podía yo sospechar que mi nombre fuese como un talismán que despertase tanto entusiasmo entre los pequeños. Ahora estoy seguro de que este torneo que lleva mi nombre tendrá resonancia no sólo en España, sino también en el extranjero. Dentro de poco, cuando un «as» del balón redondo diga en una interviú que comenzó a jugar en un equipo Pinocho, mis fibras de madera vibrarán como las de los mortales. Chapete debe haber sufrido ayer lo indecible al ver triunfar mi nombre.»

En realidad, las palabras de Pinocho fueron como si dijésemos la placa fonográfica de la realidad.

¡Qué tarde aquella! ¡Qué juego el desarrollado! ¡Qué ambiente más cordial y más simpático!

A juzgar por los comienzos, el «Torneo Pinocho» ha de ser algo trascendental, algo que reconforte nuestro espíritu, algo que a nuestros ojos, cansados ya de descubrir risueñas esperanzas en el deporte, sea como el plantel de «ases» internacionales. ¡Sí, internacionales! Porque nosotros, en lugar de hacer jugar a los niños tiempos reglamentarios, les haremos jugar tiempos infantiles; porque en lugar de llevarlos a terrenos espaciosos, los pondremos a jugar en campos escolares, y porque el balón, en lugar de ser de reglamento, será más liviano, o ligero.

En suma: porque en todo y por todo serán tratados sus músculos como de seres aún sin formar.

¿Que el fútbol no es sano para los niños?

El fútbol profesional o de espectáculo, claro que no; pero el racional, el que harán los pinochistas, si lo será; porque para salir un equipo al terreno de juego será necesario que se haya sometido con anterioridad a un concienzudo entrenamiento, a un estudio físico

de sus componentes. Esto es lo que ha de ser el gran «Torneo futbolístico de Pinocho».

Cómo fué el primer partido de nuestro Torneo.

Nadie podía suponer que los equipos que salieron al terreno fuesen capaces de desarrollar una labor tan cohesionada y técnicamente tan lucida. Hubo momentos en los que, olvidados de la categoría de los bandos, creímos ver jugadas, avances, hechos por un equipo de categoría.

El árbitro, los jugadores y el público.

A las seis menos tres minutos de la tarde sale al campo el árbitro del colegio andaluz, D. Enrique Galindo, que, llevado de su noble entusiasmo y afición, no regatea su apoyo a la juventud que necesita del amparo y enseñanzas de los que como él saben y pueden darlas ¡Aún quedan buenos deportistas y árbitros que, sin otro premio que el del entusiasmo deportivo satisfecho, salen a arbitrar un partido infantil en el mes de agosto!

Requeridos por el imperativo y estridente silbato de Galindo, salen los equipos, que son recibidos con estruendosos aplausos.

A poco, y previo el sorteo de los campos, los equipos se forman así:

«Athlétic»: Fontanilla, Ballesteros, M. Rojo (Juan), Ruau, Puig, Villalba, M. Rojo (Julán), Casanueva, Rivera, Guereda y Moreno.

«Sporting»: Ruiz, Rodríguez, García, Gimeno, Estirado, López, Martínez, Ascandoni, Rodríguez, Ascandoni (José) y Labroso.

Una abigarrada multitud, entre la que destacaban lindas pequeñas de la edad de los futbolistas, llenaba el «stand».

Comienza el partido. — Un primer tiempo nivelado. — Dos tantos del Athlétic, anulados.

La lucha en esta primera mitad fué muy nivelada; pues si bien los medios blancos atléticos establecieron un ligero dominio, la defensa del «Sporting» fué tan segura y potente, que rara vez el esférico llegó a inquietar a Ruiz, su guardameta.

Claro es que a los ojos de los entendidos no se escapó el ver cómo los atléticos mostraban más unidad, más compenetración y, lo que es aún más decisivo en toda lucha de carácter deportivo, más entrenamiento.

En dos ocasiones pudieron los del «Athlétic» inaugurar el marcador a su favor.

La primera, con ocasión de un «penalty» tirado por Puig, que paró muy bien Ruiz en «plongeon» adelantado, y que volvió a recoger Puig, logrando el tanto reglamentariamente legal y mal anulado por «offside».

La segunda fué un balón que Casanueva levantó estando solo a tres metros de la portería.

— ¿Sabes por qué se te fué ese tanto, que todos creíamos seguro?

— Por «chutar» con el balón fuera de lugar. Para «chutar» raso, que era allí lo indicado, hay que tener el balón en la vertical del cuerpo; éste debe inclinarse para el lado contrario del pie con que se va a «chutar», cogiendo al balón con el empeine; de todas formas, aunque menos lucido, en estos casos es preferible un punterazo dirigido a un lado de la meta, que el portero, a esa dis-



tancia, no puede parar. Aconsejan lo dicho la práctica de Ricardo Alvarez y Triana, que en casos análogos hacen lo propio, siendo ambos dos excelentes «chutadores».

En otra ocasión también se les anuló a los atléticos otro tanto. Fué cuando dos de sus delanteros arrebataron el balón a Ruiz y lo introdujeron en la meta. A decir verdad, no adivinamos, pues motivo sólo puede ser de adivinanza por qué se anuló aquel tanto.

Con un empate a cero, pero con una seria amenaza para los del «Sporting», terminó el primer tiempo.

En la segunda mitad se decide la victoria para los atléticos.

El segundo tiempo fué más movido, si se quiere, que el primero, y en él, como es natural, se puso más de manifiesto la espléndida forma de los atléticos.

Rivera, todo valor y entusiasmo, fué el atacante más serio; lástima que su exceso de codicia no le permitiera repartir el juego, labor en todo momento encomendada al delantero centro, director de la línea de ataque.

El primer tanto lo consiguió Julián M. Roja, que coronó una bonita escapada internándose con un «chut» sobre la marcha.

El segundo tanto lo marcó Casanueva, de un golpe franco.

A partir de ese momento, el dominio de los atléticos fué abrumador.

La victoria correspondió a sus merecedores.

Sólo les resta a los atléticos variar el portero, que es una desdicha como tal, y puede quedar un equipo digno aspirante a campeón Pinochista. Ahora, que no hay que confiarse, porque esa pretensión tienen muchos bandos que están esperando entrar en juego.

Las actuaciones.

La del árbitro fué inmejorable. De todos los Pinochistas sobresalió Puig, verdadero «virtuoso del balón». Después, y de los atléticos, Julián M. Roja, Rivera, Ballesteros, Casanueva y Ran.

Del «Sporting» se distinguieron Ruiz, García, Rodríguez, los hermanos Ascandón y Martínez.

En suma, una tarde agradable, anuncio de otras muchas.

¡Pinocho puede sentirse orgulloso!

¡Chapete, rabioso, palidece y se muerde las uñas!

Dux.

Los equipos «Pinocho».

En vista del éxito obtenido por nuestros equipos, todos los Pinochistas deportivos se aprestan a la contienda.

Ha quedado constituido el «Club Madrileño Pinocho» de esta forma: Diego Cabrera, Alberto Nadal, José Alvargonzález, Antonio Ruiz, Gregorio Roja, Rafael Garrosa, Salvador Ubeda, Alvaro Ochoa, Julián Martínez, Carlos Lavia y Emilio Marzá.

Este equipo, que se encuentra entrenadísimo, tomará parte en el segundo partido del «Torneo Pinocho».

Su capitán es Antonio Ruiz.

Otro equipo, el «Pinocho», se ha alineado de esta forma: Sáinz F., Fontanilla, Adellac, Sáinz R., Carrera, Sáinz J., Conde, Cerrada, Blanco, Magallón y Fuente.

Este bando también intervendrá próximamente en el torneo de Madrid.

Otro bando se ha alineado así: Martínez, Cerrillo, Muñoz, Cotillas, Moreno, Torres, García, Martínez, Benítez, Romero y Sanabria.

Este bando tendrá que cambiar de nombre, pues el de Athlétic lo ostenta ya otro bando madrileño. ¿Por qué no llamarle «Gimnástico Pinocho?»

En Toro (Zamora) se ha formado un bando denominado «El Pinochista de Toro», integrado por Alvarez, Martín, Fontanals, Vázquez, Vidal, Dominguez, Alvarez F., Morales, Bares, Fontanals A., y Pascual.

Para los pinochistas sin equipo.

José María Piñar.—Son ya muchos los que como tú no tienen equipo en Sevilla. No tienes más que ponerte de acuerdo con ellos, y formar un bando futbolístico. Lo mismo digo a Manuel Esquivias.

Francisco Bravo.—Lo mismo tú que tu amigo, podéis dirigiros al «Sporting Pinocho», Rosario, 2.

Antonio Vildósola.—En San Sebastián tenemos varios equipos; si, como parece, eres pinochista de corazón, no tienes más que dirigirte a cualquiera de ellos, que te admitirán gustosísimos.

Para unos pinochistas de Santa Bárbara.—¿Qué es lo que nos contáis de bandos rojos y azules? Necesitamos once nombres, la designación del capitán y sus señas. Todo lo demás es superfluo.

Manuel Marzá.—Dirigete al «Sporting Pinocho», Rosario, 2, en donde se están organizando varios equipos pinochistas.

Ricardo Labiaga.—En cuanto regreséis a Madrid ingresaréis en un equipo pinochista. ¡Palabre de honor!

Reseñas y resultados deportivos.

(Servicio especial de nuestros admirables corresponsales deportivos).

En Peñaranda de Bracamonte se jugó un partido entre dos equipos infantiles de la localidad, a las órdenes de Alberto Gil, que alineó los equipos de la manera siguiente:

Equipo A.—F. García, J. Junquera, M. Muñoz, M. Martín, J. Antona, I. Barez, Pío B., J. del Río, G. Díaz, L. Martín y F. de Dios.

Equipo B.—A. del Castillo, R. Bernáldez, R. Avila, F. Diéguez, N. San Feliciano, S. San Feliciano, A. Avila, M. del Castillo, M. Martín, F. G. y R. Hernández.

Empataron a uno.

El partido, aunque reñido, fué de absoluto dominio del equipo A. Sobresalieron del equipo A., P. Bermúdez, J. Junquera y F. de Dios.

Sobresalieron del equipo B., S. San Feliciano y F. Diéguez.

GERARDO DÍAZ ROMÁN.

EN SIGÜENZA

La «Unión Deportiva Aviacense» vence al «Sigüenza F. C.» por tres «goals» a cero.

Los equipos, a las órdenes del Sr. Mateo, se alinearon en la siguiente forma:

«Unión»: Lorenzi, Gutiérrez, Povedano, Noreña, San Bernardino, Compañ, Gach, Torres, Montes, López y Ruiz.

«Sigüenza F. C.»: Gómez, Atance (F. M.), Toro, Hernando, Bernal, Sevilla, Ochoa, Grandes, Maestre, Atance (J.) y Gildo.

Por los alcarreños se distinguieron Montes (que hizo los tantos), y Gutiérrez; por los seguntinos, Bernal, Maestre y Gómez.

F. MANLEÓN.

EN MÁLAGA

El día 2 del corriente celebráronse los partidos siguientes:

En el campo del «Málaga» jugaron el «Reserva del Málaga» y el «Victoria Eugenia».

Los dos equipos jugaron con poco entusiasmo, y el juego que emplearon fué un poco turbio.

Ganó el «Reserva del Málaga» por 1 a 0.

Distinguiéronse por el equipo vencedor Andrades, Bañares, Vides y Palomeque.

Por el «Victoria Eugenia»: Mena, Martínez, Pino y Sierra.

En el campo del «Malagueño» tuvo lugar un encuentro entre el «C. D. Vitoriano» y «Gimnástica Balompié». Se disputaron una copa, regalo de la Junta de Festejos de Santiago. El resultado fué de 3 a 1, con la victoria de la «Gimnástica».

En el mismo campo jugaron el «Príncipe Asturias» y el «Reserva del Malagueño». Ganaron los del «Príncipe» por 3 a 1.

Jugó más acertadamente el «Príncipe» y algo menos el «Reserva». Distinguiéronse por el «Príncipe»: González, Vicaría, Alarcón y Miguelacho.

Por el «Malagueño»: Gamero, Quesada, Sotito y Pascual.

El árbitro, Cuberta, imparcial.

MELENITAS.

¡¡Ya comienzan a triunfar los equipos pinochistas!!!

CUENCA

(Servicio urgente de nuestro corresponsal deportivo el estupendo Cubertoret.)

El «Athletic Pinocho» ha derrotado al equipo infantil de «La Cultural Deportiva Conquense» por el score de 3-1, y ha empatado a un tanto, tras una lucha feroz, en un segundo partido con el mismo enemigo.

Es necesario advertir que en este segundo partido el «Athlétic Pinocho» jugó sólo con siete jugadores. Este empate, con eguido en tan desventajosas condiciones, es un nuevo triunfo de nuestros valientes representantes en esta capital.

N. de la R.—Al leer estas líneas, por la prolongada nariz de Pinocho resbalaron dos lágrimas de satisfacción y de... resina.

Torneo futbolístico de PINOCHO

Reglamento por el cual se regirán los Clubs infantiles inscritos en esta competición futbolística.

Artículo 1.º Para que un Club pueda participar en este torneo es necesario que esté formado por lectores de la Revista infantil que le da el nombre.

Art. 2.º La edad de los jugadores no podrá exceder, en ningún caso, de diez y seis años. Si un jugador burlase este artículo, y por su desarrollo físico representase más edad que el límite fijado, podrá ser retirado del terreno de juego por el árbitro antes de darse comienzo al partido en que pretenda participar.

Art. 3.º Ningún jugador calificado por un Club podrá defender los colores de otro.

Art. 4.º La autoridad del árbitro es la máxima durante el desarrollo de sus fallos inapelables, y su personalidad, digna de la mayor consideración y respeto.

Art. 5.º Antes de dar comienzo a un encuentro, los capitanes firmarán una declaración de los nombres de sus jugadores.

Art. 6.º La marcha de este torneo será por puntos.

Art. 7.º Los capitanes de los Clubs inscritos podrán dirigirse al Comité organizador de este torneo, residente en esta corte, Valencia, 28, Redacción de PINOCHO.

Art. 8.º Las protestas deben formularse por escrito antes de las veinticuatro horas siguientes a un partido, o bien hacerlas constar en el acta del partido.

Art. 9.º Ningún equipo podrá usar nombre o edades semejantes a los de otro. Sobre el particular se concede el derecho de prioridad a los que se inscriban en este torneo.

Art. 10. Los campos, tiempos y balón serán reglamentarios.

Art. 11. Los equipos deberán estar en el campo quince minutos antes de la hora fijada para dar comienzo al encuentro.

Art. 12. Si diez minutos después de la hora fijada no hubiese comparecido completo uno de los bandos, se le considerará, a los efectos de puntuación, como vencido.

Art. 13. Los equipos inscritos deberán dirigirse al Comité organizador (Valencia 28), acompañando a su carta la lista de jugadores y domicilio del capitán.

Art. 14. La infracción deliberada de cualquiera de estos artículos del Reglamento traerá consigo la descalificación a perpetuidad del Club y de todos y cada uno de sus elementos componentes.

Art. 15. Cualquier caso no tratado en este Reglamento se regirá por el de la F. R. de F.

EL GLOBO CHONON

I

Cuando Chonón fué a pasar la tarde a la Casa de Fieras, agarró dos barrotes de la reja primera, apoyó la cara en esos dos barrotes y estuvo más de una hora contemplando al león formidable.

El león entornaba los ojos y meneaba el rabo tranquilamente, calentándose con el sol rayado de sombra que le entraba en la jaula.

Tenía la fiera su cabeza muy grande, muy grande, y las melenas de pelo recio y áspero; y las nalgas, en cambio, eran estrechas, recogidas y casi peladas, como cortadas con la máquina del «1» de cortar el pelo. Los ojos eran amarillos, y las garras grandes y aterradoras cuando saca-

ban las uñas al estirarse perezosamente la fiera.

Más de una hora estuvo Chonón frente a la jaula aquella. ¿Qué pensó en aquel tiempo? Pensó en llevarse al desierto una jaula idéntica; pero para él, no para los leones. Y desde ella... ¡pum!, ¡pum!, ¡pum!... matar todas las fieras que se presentaran...

El niño se acostó aquella noche y tardó en dormirse. Seguía pensando. Se llevaría al desierto la gran jaula; la pon-

dría en medio de la arena. Llevaría comida y municiones para quince días...

Lo difícil era colocarla en medio del desierto, en el corazón del desierto... Y no se le ocurría ninguna solución... Porque ponerla ruedas y que tiraran los camellos, era bobo. Los primeros tigres, los tigres de las afueras de las poblaciones africanas, que son, seguramente, los menos fieras, puesto que las grandes fieras deben estar allá en donde no han visto jamás ningún hombre; los primeros tigres, digo, se comerían a los camellos tranquilamente, puesto que a esos bichos cuentan que hay que tirarles varios tiros, y tardan en morir; y se les da tiempo a que maten a los camellos.

Al fin pudo dormirse; se le había ocurrido el procedimiento: pondría ruedas a la jaula, sí, y él mismo la iría empujando; y cuando viera un león, se metería, y lo mataría, y se lo guardaría... ¡Maravillosa idea!

Y se quedó dormido.

II

El sueño fué pródigo en ideas también. Y en él se le reveló la manera de dejar la jaula en medio del desierto africano... Pero relatemos el sueño.

Chonón, que ya en otra ocasión había montado en aeroplano para cazar mariposas, había comprado un magnífico dirigible, tan poderoso, que sería capaz de arrancar un edificio con cimientos y todo.

A ese globo estupendo, que se paraba en el aire para tomar una determinación con la misma sencillez con que nosotros nos paramos para decidir por qué calle tomar, Chonón ató la jaula de barrotes gordos y se lanzó al espacio.

Subió muy alto, muy alto, desde la isla donde estaba su nación, y pronto vió esa bota de montar, dando un puntapié a una piedra, que es Italia y la isla de Sicilia. Y vió esa cara de nariz aplastada hacia abajo, que es Portugal, con la cabeza, que es España...

Y subió más, y más..., y vió esa cabeza de aballo que es África. Y hacia ella se dirigió,

poniendo en función el mecanismo exactísimo del globo.

Allí se veía muy clara y extensa la mancha de arena del desierto. Desde tan alto podía calcularse con bastante precisión cuál podía ser el centro. Por eso, Chonón pudo descender cuidadosamente y colocar la jaula en el sitio apetecido.

Soltó desde abajo un poco de aire del cigarro aéreo —era un globo de esos que tienen forma de cigarro puro—, y ya no tenía peligro de elevarse, hasta que con el fuelle que llevaba previs-

to volviera a llenar por completo el dirigible inmenso.

Merendó un bocadillo de jamón tranquilamente, sorbió del termo un poquito de café y ojeó con los prismáticos.

Nada se veía. Sólo arena; arena por los cuatro costados, hasta el infinito.

Así trascurrió un día completo: el día más aburrido de su vida. Entonces se le ocurrió una idea: mandar olor de carne hacia donde fuera el viento... Pero el viento no iba a ninguna parte. Hacía un calor y un bochorno exageradamente tranquilos. Hasta el olor de la colonia que llevaba en la cabeza se quedaba quieto en la testa del niño, porque el aire, que no se movía, no era capaz de trasportar olores.

Pero de pronto..., ¡¡ahí vall!..., se levantó un vendaval, que gracias a los barrotes no sacó a Chonón de su puesto de caza. Casi era cosa de poner burlete a la jaula, porque el viento pasaba de lado a lado como el agua por su cauce.

Entonces fué la ocasión de poner un telegrama a las fieras, diciendo: «Os espero primer tren; hay carne fresca»...

¿Cómo puso Chonón ese telegrama? Cogiendo un pedazo de filete crudo, que llevaba para cocerlo luego, y poniéndolo en lo alto de un palo, como una bandera. El viento se huntaba de carne fresca y después lo rozaba por el hocico de tigres y leones. ¿Qué mejor telegrama?

Y ya no hay más que decir. Manadas de fieras diversas llegaban desde lejos. El las veía con los prismáticos admirablemente. Tan admirablemente, que acabó por ponerse los prismáticos al revés para verlas más lejos aún de lo que estaban, porque le daba cierto paniquillo...

¡Eal! ¡Valor! Cargó las tres escopetas de dos cañones que llevaba y esperó lo más tranquilamente que pudo; que no era mucho, porque los tigres y leones trotaban, con las bocas abiertas y los cuatro colmillos dispuestos a todo...

Sonó el primer tiro, y el primer tigre dió una voltereta completa y quedó muerto con la punta del rabo dentro de la jaula.

Y otro tiro..., y cayó un león...

Y otro tiro..., y cayó otro tigre...

Y seguía la matanza, y de pronto advirtió que una cortina caía como del cielo a taparle la vista de las fieras y a dejarlo en la oscuridad. ¿Qué era aquello...?

¡¡Horror!! Los pajarracos, vengando a las fieras, y porque les gustaba chupar y comer la brea del globo, habían hecho diez o doce agujeros en su tela y lo habían desinflado del todo.

Chonón pensó en seguida que de allí no podría salir jamás y se



echó a llorar, verdaderamente aterrorizado.
Y fué entonces cuando se despertó.

III

El sueño le había enseñado dos cosas: que la jaula sería llevada en globo y que había de tener cuidado con los pájaros.

¿Cómo había de luchar contra las aves? Muy fácilmente: rodeando el globo con otro globo hecho con alambrada.

Igual que los grandes inventores, Chonón se pasó dos días encerrado en su cuarto dibujando jaulas, globos, alambradas, escopetas, cepos, etc., etc.

Y con sus planos y cuatrocientos reales se fué al herrero y a la feria de globos.

El herrero, después de ver cien papeles pintados por Chonón, dijo sencillamente:

—¿Y para qué te has molestado, riquín, pintando tanta cosa? Sólo te bastaba haberme dicho: «Hágame usted una jaula de grillo de las sencillas, pero para mi tamaño». Además, niño (y no te ofendas), tienes un poquito de cara de grillo.

—Bien; pues venga mi jaulita de grillo. Y ya le traeré el globo para que me haga encima un globo de alambrada. ¿Cuánto me va a llevar usted?

—Por ser para ti, ciento cincuenta reales.

—Trato cerrado.

Y se dieron la mano.

Chonón pasó entonces a la feria de globos, que estaba en una pradera, cerca de la ciudad. Y en el camino iba restando: «De ciento cincuenta a cuatrocientos, van doscientos cincuenta». Le quedaban doscientos cincuenta reales para el globo.

Apenas llegó al campo aéreo vió un magnífico dirigible, igual, exactamente, al de su sueño. Hizo que se lo enseñaran detalladamente: la maquinaria, la sala de viajeros, la dirección, las amarras...

—¿Y en cuánto dinero me lo dejarían ustedes...? Miren que traigo poco...

—Pues... haciéndole una rebajilla, se lo podemos dejar en siete millones de reales, aproximadamente.

Chonón se echó las manos a la cabeza y cayó desmayado. Pero pronto se le pasó el susto y siguió visitando la feria. Y aquí había uno de tres millones..., y allí uno de dos..., y más allá uno de medio, que son quinientos mil reales. Algo más de doscientos cincuenta...

Cuando el pobre niño estaba descorazonado encontró, al fin, uno que le podrían dejar en el dinero que él llevaba. Ya podéis imaginaros qué globo sería: redondo, de los antiguos; lleno de parches, como los balones viejos; pequeño, sin fuerza y sin más barquilla que un trapecio, porque lo vendía un viejo titiritero que había hecho ejercicios por las aldeas, trasportando al globo de pueblo en pueblo metido en una maleta.

—¿Usted cree que puedo colgar aquí una jaula de hierro?

El titiritero, con el pecho lleno de condecoraciones de colegio, puestas por él mismo, se encogió de hombros y dijo:

—Hombre..., yo creo que sí. Pero si acaso fracasara, te rebajaría treinta reales.

—Trato cerrado.

Y se dieron la mano.

Claro que en seguida volvió el niño a casa del herrero para pedirle que la jaula fuera de muy poco peso: casi del peso de una jaula de grillos. Con eso, y suprimiendo la red metálica, se ahorraba unos dineros para municiones y alimentos, ya que el arma no le costaba nada: cogería, sin que nadie se enterase, la escopeta del guarda de su finca. Claro que para devolvérsela en seguida de volver de la expedición.

IV

Y aquí viene, amigos de Pinocho, la realidad. Chonón infla el globo en dos días; pero él solito y con la boca, tal como se inflan las bolsas de papel para hacerlas estallar. Y en él escribe con pintura roja: CHONÓN.

Había sacado todo ello al tejado de su casa, sin que nadie se enterara, y al irse inflando la gran sandía aérea, parecía que iba



saliendo un chichón en la cabeza de la casa. A los dos días se metió en la jaula con la escopeta, cincuenta balas, dos panes grandes, una lata de anchoas, unos bollos y tres botellas de agua, y cortó las amarras con las tijeras del botiquín.

El globo empezó a subir, a subir, a subir..., pero Chonón no sabía hacia dónde. El deseo del niño era encaminarse al Africa, al desierto del Sahara... Pero desconocía el deseo del globito...

Y el globito se sostuvo a la misma altura unas horas, corriendo entre nubes y saliendo a que le diera el sol por encima de las nubes.

Chonón vió pájaros, vió aeroplanos, vió luego estrellas..., pero no sabía dónde estaba ni hacia donde iba.

Cuando amaneció escuchó muy cerca el trueno del mar, y más de una vez se mojó las puntas de los pies; ya veis si había descendido.

El miedo fué tan grande que cogió las tijeras, levantó la barra de la jaula que hacía de puerta —exactamente igual que en las jaulas de los grillos—, trepó sin más miramientos,

se subió al trapecio y desde allí cortó la cuerda de la jaula, que, con panes, escopeta y balas, se sumergió en el agua.

El sol salió rojo y redondo como una naranja y empezó a subir. El Chonón, con menos peso, también subía.

A media mañana le entró hambre al niño. Y dió la casualidad de que tenía en el bolsillo la caja de anchoas. La abrió, y la vació con mucho gusto. Y cuando iba a tirar la lata, una gran idea le vino a la imaginación.

Con las tijeras fué recortando redondeles de hoja de lata, a los que dejaba un pincho; y se enganchó así seis medallas en el pecho.

De esa manera vestido, ya se había transformado en capitán de globo, pues habéis de saber que todos aquellos pobres titiriteros que hacían sus contorsiones por el aire, se titulaban a sí mismos capitanes de globo.

V

Al cabo de tres días de marcha sobre el mar, Chonón, con sólo dos docenas de anchoas en el estómago —que ya, hasta las anchoas tenían hambre—, vió tierra.

Se puso de pie en el trapecio, y pegó una puñalada al globo con las tijeras.

El globo, con sonido de neumático pinchado, se empezó a desinflar. Y lentamente cayó en las afueras de Posadas del Asno.

Primero se avalanzaron todos los chiquillos de las escuelas; después, los hombres; luego, las mujeres; por último, el alcalde con sus municipales.

El alcalde, con aire muy severo, se acercó y le dijo:

—Oye, oye, niño; ¿no eres tú el titiritero que vino hace dos años y soltó las amarras cuando el posadero venía a cobrarle la cuenta?...

Y Chonón, que venía dispuesto, tan contento, a decir que él era un capitán de globo, tuvo que inventar en seguida una gran mentira. Y dijo al alcalde y a todas las personas importantes de Posadas del Asno:

—¡Pobre! Aquel titiritero murió asfixiado. Subió hasta que le faltó la respiración, y murió asfixiado. Pero en aquel momento pasaba yo por allí, que me llevaban al cielo, y el angelito que me conducía me cambió por el capitán y me dejó bajar. Pero es tan lejos, que he tardado un año; y con otro que tardó él en subir, resultan los dos que usted dice... Por cierto que en el bolsillo tenía un papel escrito que decía: «Si muero, que lleven mis condecoraciones al posadero de Posadas del Asno». Y por esta razón he venido a este pueblo directamente, señor alcalde mayor.

Y el alcalde y el posadero, y todos, se tragaron esta mentira y le dieron de comer y dinero para que pudiera volver a su nación.

Entonces él, muy generoso, regaló el globo al Museo Municipal, donde el conserje tiene que soplarle todos los días un poco, porque se le va el aire por el tijeretazo, y allí no entien-

den de parches. Pero todavía no se le ha borrado el letrero que dice: CHONÓN.

ANTONIO ROBLES.

FECHISTES

BUENOS Y MALOS



El alto.—Le digo a usted que me hable más bajo.

El bajo.—¡Todavía más! ¡Como no me baje al metro!



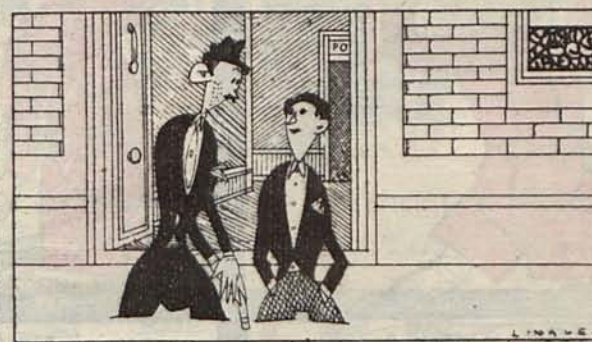
—Oye, Casilda; dice mi abuelita que hay plantas que se mueven y dan saltos. ¿Tú las conoces?

—Sí, rico; serán las plantas de los pies.



—Le advierto que en la colaboración del negocio le ofrezco mi crédito, mi seriedad y mi fortuna que es inmensa.

El perfumista.—No deseo tanto, señor...; ni tanto ni tan calvo.



—Pues a pesar de ser tan débil, paro un automóvil con una mano.

—¿Es usted chófer?

—No, señor; soy guardia de la porra.



—¿Pero qué come esa criatura para estar tan delgada? Le alimenta usted con fideos finos?



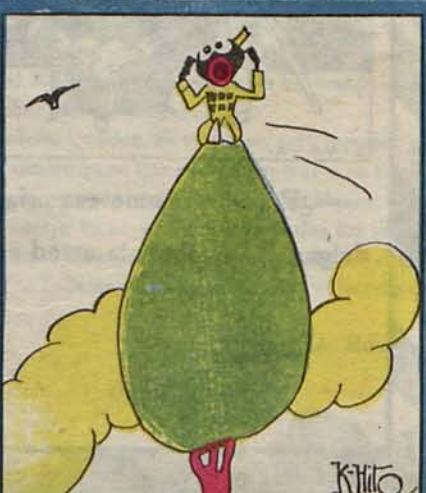
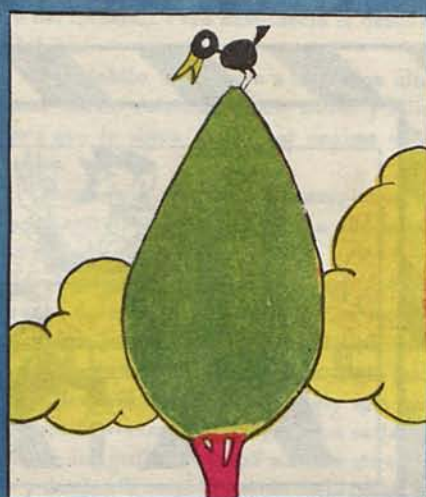
Entre doctores:

—Oye, ¿qué enfermedad tiene esa señora que acaba de salir, que le mandas que no cante ni toque el piano?

—No está enferma, es que... ¡es mi vecinal!



DE COMO PASAN EL RATO CURRINGHE Y D. TURULATO



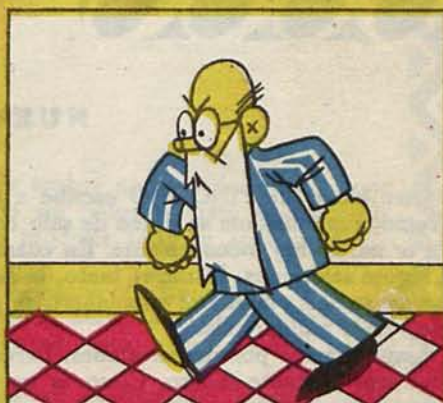
Don Polipasto Pijama sabio inventor de gran fama



*El periodico le aterrca
con noticias de la guerra*



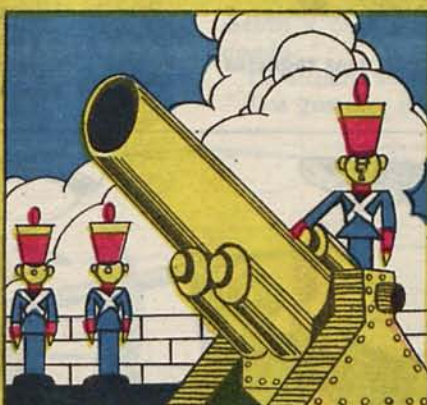
*Y entre sueños pavorosos
ve unos moros horrorosos*



*Se levanta al dia siguiente
muy resuelto y muy valiente*



*Quiere inventar un cañon
que cause la admiracion*



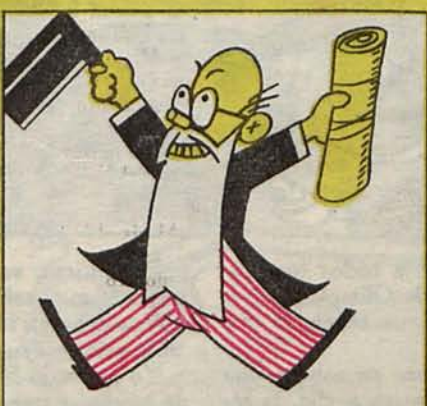
*Que con dos disparos solos
baga papilla a los moros*



*Y alcancè con mucho brio
mas, que de Cuenca a Tokio*



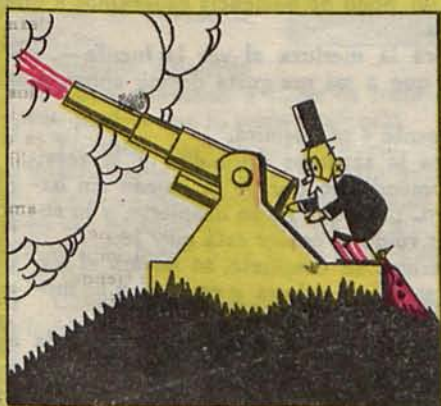
*Diez horas estudia al dia
las piezas de artilleria*



*Su ciencia dió resultado
y el cañon esta inventado*



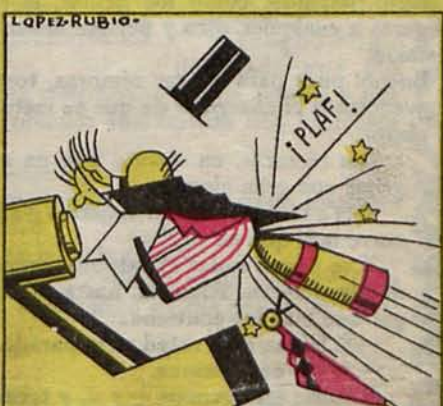
*A las pruebas oficiales
marchan todos muy formales*



*¡Quietos todos! ¡Atencion!
¡Ha disparado el cañon!*



*Con alcance tremebundo
la bala da vuelta al mundo*



*Y de modo inesperado
las pruebas han terminado*

HISTORIAS DE ANIMALES

NUEVAS HISTORIAS DE PESCA

Otro lector de PINOCHO escribe a nuestro maravilloso director exponiéndole su deseo de salir conmigo a pescar.

Por mí, no hay inconveniente. En cuanto acabe de rizarme el bigote saldremos. Mientras tanto, le adelantaré a Juanito, que así se llama mi nuevo compañero de pesca, algo del plan que vamos a desarrollar.

Empezaremos por pescar atunes. Parece ser que un buen atún vale bastante dinero. Claro es que si a Juanito no le gusta el atún, podemos pescar, del mismo modo, el bonito, la merluza o el tiburón.

Cogemos una red. Esto, que a primera vista puede parecer una vulgaridad, ya que todo el mundo pesca con red, no lo es, porque nuestro procedimiento es mucho más original, y gracias a él pescaremos solamente los peces que queramos, y en gran cantidad.

Una vez extendida la red, echamos al agua unas raquetas de tennis y empezamos a dar voces:

—¡Gran Olimpiada Oceánica! ¡Campeonato de tennis! ¡Primera eliminatoria! ¡Atunes contra bacalaos!

La noticia se propagará por el mar rápidamente. Todos los atunes y todos los bacalaos querrán tomar parte en un partido tan estuendo.

Unos se colocarán a un lado de la red y otros al otro, cogerán las raquetas, esperando que les echemos la pelota para comenzar.

Entonces no tenemos que hacer más que tirar de la red, y nos llevaremos a todos los atunes, que están a un lado, esperando ganar la Olimpiada.

Ahora vamos a pescar rémoras. ¿Vosotros sabéis lo que son rémoras?

Pues son unos peccecitos que tienen sobre su cabeza una lámina que parece una suela de goma. Gracias a ella, la rémora, que es un pez muy comodón, se adhiere a cualquier otro pez para que lo transporte.

¿Comprendéis?

Por ejemplo: la rémora quiere ir de viaje; pues en vez de hacerlo nadando, como los demás, le resulta más cómodo pegarse a cualquier otro y dejarse llevar. El caso es no molestarse.

Bueno; pues para pescar rémoras, tomamos un autobús y convencemos al *chauffeur* de que se meta en el agua y toque el claxon.

Las rémoras, en cuanto ven un autobús, se ponen a gritar con gran alegría:

—¡Ya tenemos dónde viajar! ¡Viva la locomoción! ¡Esto corre más que un pez!

Y se pegan todas al autobús, creyendo que van a ir a donde quieran. Algunas, hasta piden billete para el lugar que más les conviene:

—A mí me deja usted en la parada del cabo Finisterre.

—A mí, en Baleares.

A todas les decimos que sí, y tocamos el timbre.

El autobús da media vuelta, atropella a unos cuantos peces y sale del agua con unas cuantas docenas de rémoras pegadas.

Para despegarlas hay que emplear medios de persuasión.

Por la fuerza no conseguiremos nada. Basta con decirle:

—Señora rémora: suéltese usted. Este autobús ya no va a ninguna parte.

Entonces las rémoras, muy contrariadas, se desprenden, murmurando:

—¡Vaya una formalidad! ¡Esto es un timo! ¡Que nos devuelvan el dinero!

Teniendo ya todas las rémoras despegadas, debemos pensar lo que hacemos con ellas, porque no suelen comerse, y un pez que no se come y no es colorado no sirve ni para una pecera.

Pero la rémora tiene una gran aplicación. Se le ata un hilo a la cola y se la echa al agua. Ella se cree libre y corre a pegarse a cualquier pez o cualquier crustáceo.

Cuando suponemos que ya está bien pegada, se tira del cordelito, y la rémora nos trae: bien un bacalao, bien un besugo, bien una tortuga. Todo menos un bisonte.

La pesca no puede ser más descansada ni más succulenta.

Otra pesca muy divertida es la de los peces voladores. Se les podría cazar a tiros, como si fueran perdices, pero nuestro mayor interés es conservarlos vivos, para poderlos tener en una jaulita en el balcón. Es mucho mejor cazarlos con liga.

Por último, vamos a pescar merluzas, que siempre es un pescado muy sabroso.

Vosotros ya sabéis lo que a la merluza le gusta revolcarse en la salsa mayonesa.

Yo nunca la he visto más que así, fuera de cierta especie de merluzas que prefieren la salsa tártara.

Nosotros echamos al mar una fuente con salsa mayonesa.

Al principio no se notará, porque ¿quién va a notar una fuente en el mar, con el agua que hay?

Pero si tenemos un poco de paciencia esperamos a que se acerque una merluza.

—¡Hombre! —dirá la merluza al ver la fuente—. ¡Salsa mayonesa! ¡Con lo que a mí me gusta dormir sobre la salsa mayonesa!

Se echará en la fuente y se dormirá.

Entonces nosotros la sacamos dormidita y la servimos a la mesa, recomendando que se la coman sin hacer ruido: lo primero, para que no se despierte, y lo segundo, porque hacer ruido al comer está muy feo.

Así, cuando la merluza se despierte, se llevará el disgusto de no tener más que cabeza y espinas, y se morirá.

Y si no se muere, peor para ella, porque sin más que la cabeza y las espinas no va a ninguna parte.

JOSÉ LÓPEZ RUBIO.



EL BARON DE LA CASTAÑA

NUEVAS AVENTURAS

EL BILLAR

Aquel día, cuando volví a casa con el elefante blanco que me había vendido mi amigo Pérez, el domador, Adelaida tuvo una gran sorpresa.

—¿Pero cómo traes eso a casa? —me preguntó—. ¿En dónde va a dormir?

—A los pies de la cama —contesté, por asustarla.

Y luego la tranquilicé haciéndola ver que un elefante se acomoda en cualquier sitio.

—Es muy bueno y muy dócil —le dije—, y además muy limpio. Se le pone un cajón con serrín en un rincón y así no ensucia nada.

Mi esposa, como es natural, sólo protestaba por pura fórmula; en el fondo estaba encantada de tener un elefante blanco en casa.

—Lo enseñaremos a tocar la trompa —dijo al fin, sonriendo.

Y desde aquel momento el animal y mi esposa fueron los mejores amigos del mundo.

—¿Qué nombre le ponemos? —dije yo.

Se hizo una lista de nombres, y por fin Adelaida eligió el de *Federico*, porque así se llamaba su difunto abuelo, que había sido muy gordo.

Federico, pues, comenzó a portarse como los ángeles. Sobrio en sus comidas, comedido en sus bromas, se limitaba a rociar de agua, por la mirilla de la puerta, a las visitas que no queríamos recibir.

El elefante dormía en un almohadón que le habíamos colocado en el suelo en nuestro cuarto. No roncaba ni se rasaba con ruido, así es que podíamos dormir bien.

Por las mañanas iba con la cocinera a la compra, y volvía de muy buen humor por el paseo.

Lo habíamos matriculado para que no se lo llevase la perrera.

Aunque Adelaida le había enseñado a tocar la trompa, no era para ese uso para el que lo tenía destinado.

Yo quería aprovechar el marfil de sus colmillos, que todavía no le habían salido, para bolas de billar.

Pero no sabía cómo arreglármelas para que el marfil, en vez de salir en forma de colmillos, apareciese ya en forma de bolas, para ya no tener más que colocarlas en un billar.

Cavilé varias noches seguidas, hasta que por fin di con la idea.

Para que en el elefante se produjese el marfil en bolas había que obsesionar al animal con redondeces, con curvas, con esferas, con bolas, en una palabra.

El elefante debía de acabar por tener el concepto de que en el mundo todo era redondo, para creerse en la obligación moral de producir también sólo cosas redondas.

Y desde aquel día comenzó el tratamiento.

Por las mañanas se le servía a *Federico* una ración de croquetas redondas y unos panes de esa misma forma.

Después le saludábamos curvándonos hasta el suelo. Más tarde, Adelaida se ponía delante de él para que la viera lo redonda que era.

Su lección era de geografía en un mapamundi. Después salía a dar una vuelta.

Por las tardes lo llevábamos al fútbol, y pronto comenzó a obsesionarse con el balón y con todo lo redondo.

Le hicimos socio de varios Círculos.

Los guardias de la porra estaban de acuerdo con nosotros para hacerlo circular.

Y, por último, dimos con el truco decisivo: le enseñamos a jugar al billar.

Con la trompa cogía el taco, y era rara su habilidad para las carambolas.

Todas las tardes nos pasábamos horas y horas jugando al billar.

Y como éramos de fuerzas igualadas, resultaban muy interesantes los partidos.

Federico estaba apasionado por ese juego, y hubiera enfermado de no poderlo practicar.

Hasta que un día quise dar el toque final a mi obra, y aquella tarde, cuando nos dispusimos a jugar, vimos que no estaban las bolas.

Nos las habían escondido.

Federico quedó un momento preocupado.

Y luego, como iluminado por una

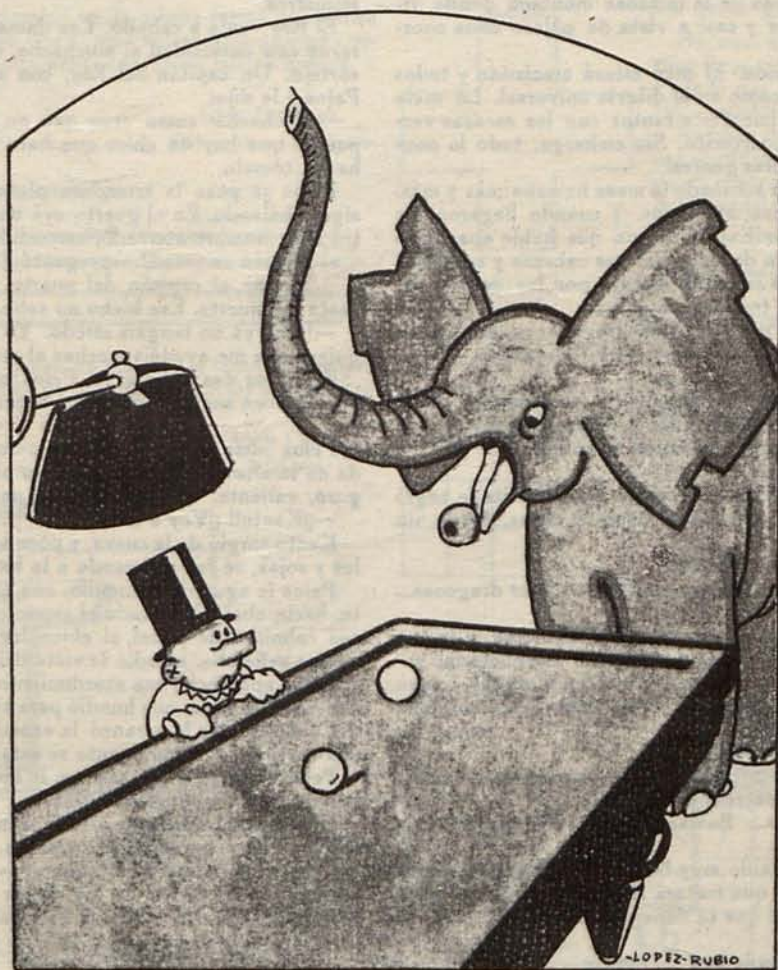
idea, hizo una pequeña contracción por la cabeza, y por los orificios de los colmillos aparecieron dos hermosas bolas blancas.

—Falta el *mingo* —me dije.

Y con rapidez pinté al acuarela de colorado los cuartos traseros del elefante.

Y el resultado no se hizo de esperar.

A los pocos momentos *Federico* hacía aparecer una nueva bola del rojo más bonito que se puede uno imaginar.

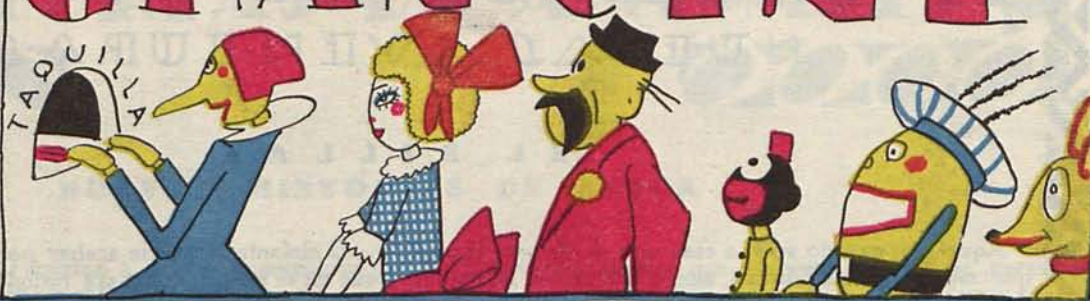


EL BARÓN DE LA CASTAÑA.

PROGRAMA PARA HOY

*Cazador
de
Dragones
¡sensacional!*

GRAN CINE



CAZADOR DE DRAGONES

Pelos, el pastorcillo, vivía en lo alto de la montaña con su padre. Cuidaba de unas cabritas rubias y unas ovejas blancas.

Al lado de su cabaña vivía en otra cabañita más pobretona, Chita, la viejecita simpática, a la que Pelos llevaba siempre los vellones que las ovejitas se dejaban en las zarzas, para que ella se hilara sus vestidos humildes.

Chita le agradecía con cariños mimosos esas atenciones, y solía decirle:

—Pelos; tú brinca por las rocas, que yo te haré un hombre...

Pero Pelos no comprendía la importancia de aquellas palabras.

Un día, el muchacho dijo a su padre:

¡Padre, padre! Mira cuánta gente sube desde el mar...

El padre se asomó a lo hondo de la inmensa montaña donde vivían y exclamó: Al ver de lejos y casi a vista de pájaro unos enormes grupos de gentes:

—Ya sospecho lo que sucede. El mar estará creciendo y todos tendrán miedo de inundarse como en el diluvio universal. Lo malo es que poco les podremos alimentar a tantos con las escasas verduras que yo consigo en el huertecito. Sin embargo, todo lo pondremos a su disposición. ¡Pobres gentes!

Al día siguiente, aún seguía subiendo la masa humana más y más.

Pelos y su padre la miraban aterrados. Y cuando llegaron los primeros fugitivos con sus familias, contaron que había aparecido rondando el puerto un dragón dorado, de tres cabezas y colmillos como puñales de plata, y que se había metido por las cuevas del castillo que el Rey Bastón VI tenía sobre el mar.

—¿Y de dónde viene ese dragón? Los dragones no son nunca más que magos, si no es que están al servicio de los magos.

Entonces uno respondió:

—De éste se dice que es Kanto, aquel que se enamoró de la Princesa Violeta, y que por malvado y feo fué despreciado.

La vieja Chita oyó los rumores y salió de su cobijo.

—¿Que pasa, Pelos?

El chavalillo la contó todo lo que él sabía, y la abuelita le cogió la mano misteriosamente y le entró en su humilde choza, donde, sin testigos, le dijo:

—¿A ti te gustaría matar ese dragón?

—Sí, señora; ya lo creo. Algunas veces sueño con matar dragones...

—¿Y con qué más sueñas?

—Pues... sueño con que veo otra vez a una Princesa, a la que un día vi pasar por aquí en una litera de preciosa marquetería, camino de una ciudad lejana, a la que iba a pasar unos meses. Luego me pasé todos los días mirando hacia el otro lado de la montaña para verla volver...

—¿Y volvió?

—Sí, sí..., pero no se fijó en mí. Soy un humilde pastor, abuela.

—¿Te casarías con ella si mataras al dragón?

—No me atrevería a pedirlo... Bastante premio llevaría con que me señalaran por valiente.

—Pues verás, Pelos: tú has sido muy bueno conmigo y voy a premiártelo. Yo tengo la espada que matará al monstruo. Te la voy a entregar. Y con ella, el escudo que te defienda de sus garras.

—¡Qué alegría, abuela!

—Mira, hijo: tres caballeros la han usado y los tres han vuelto triunfantes. En una cajita de oro y esmeraldas que tengo debajo de una roca, guardo una sortija de cada uno...

Pelos se puso triste y, casi llorando, le dijo:

—Entonces... no me lo dé usted. Yo no puedo regalarla ninguna joya, porque no la tengo...

—Ya la encontrarás. Tú vete a matar al dragón. Llevas la espada que todo lo atraviesa: el hierro, las rocas, las pieles más duras...

Pelos dió un beso a su padre y comenzó a descender hacia el puerto. Por el camino se cruzaba con la gente que, llevando los niños en brazos, subían con semblante de dolor.

—¿Dónde vas? —le preguntaban:

—A matar al dragón.

Y las mujeres se echaban a llorar, porque les daba pena de él.

—¡Pobre niño! ¡No le volveremos a ver! —decían.

Pero Pelos seguía bajando, consolándose él en vez de que fuera él el consolado. Alguno le dijo:

—Corren las voces de que el Rey ha ofrecido casar a su hija, si ella quiere, con el que mate al terrible dragón. Además, nos ha parecido verle andar por el puerto y temen que se eche a subir por la montaña a destrozarnos...

Siguió bajando Pelos, y de pronto vió que se acercaba una gran comitiva de colorines, banderas, lanzas relucientes y ricos mantos.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Vienen el Rey y la Reina, y con ellos la Princesa Violeta y los Ministros.

El Rey venía a caballo. Las damas reales, en litera. Y todos miraron con curiosidad al muchacho, que saludó con gran respeto al cortejo. Un capitán del Rey, con armadura brillante, se acercó a Pelos y le dijo:

—Muchacho: como creo que no soy digno de llevar este traje, puesto que hay un chico que hace lo que yo no me he atrevido a hacer, tómalo.

Pelos se puso la armadura plateada, volvió a saludar al Rey, y siguió bajando. En el puerto oyó una voz que le llamaba. Y encontró a un hombre aterrado, escondido entre las rocas.

—¿Quién es usted? —preguntó Pelos.

—Yo soy el capitán del puerto. Mi obligación es estar aquí hasta mi muerte. Ese bicho no sabe que estoy aquí.

—Pues ya no tengáis miedo. Yo me encargaré de matarlo. Sólo quiero que me ayudéis a echar al mar una barca pequeña.

Entre los dos la botaron. Pelos montó en ella, y con un remo fué poco a poco acercándose a las bocas del castillo.

Pelos hacía un gran esfuerzo para no tener miedo. Ponía su espada en lo alto y la miraba para ver si temblaba. Quería ir firme, seguro, valiente. Cuando estuvo a unos metros de distancia le gritó:

—¡Kanto!! ¡¡Voy a matarte!!

Kanto surgió de la cueva, y poco a poco, abriendo sus bocas crueles y rojas, se fué acercando a la barca.

Pelos le aguardó tranquilo, con el escudo de defensa tan brillante, hacia abajo. Y cuando el espantoso monstruo iba a atraparle con sus colmillos de puñal, el chico levantó la adarga, y el sol, que en ella se reflejaba, aturdió la vista del dragón.

Pelos aprovechó ese aturdimiento y atravesó de arriba a abajo la cabeza de la fiera, que hundió para siempre sus ojos debajo del agua.

Cuando Pelos le arrancó la espada, vió que en la punta se ceñía una sortija que seguramente se estaba tragando el dragón al morir.

Pelos se la puso, y pensó en la abuelita que coleccionaba los anillos de los caballeros valientes.

Muy contento empezó a subir a la montaña; y como desde arriba habían visto con anteojos su faena, se cruzaba con las multitudes que descendían. Le felicitaban y las madres le besaban llorando de alegría. La comitiva de los Reyes bajaba también y le llamaron para felicitarle. La Princesa Violeta le miró la mano y dijo:

—¡Ah! Esa es mi sortija, que yo guardaba en los tesoros del sótano.

—Sin duda que el dragón quería guardársela dentro —respondió Pelos.

—Te la regalo —dijo ella.

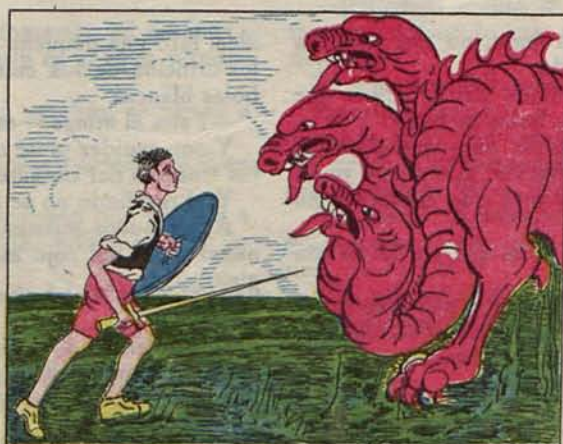
—Princesa: yo la llevaba para ofrecérsela a la ancianita que me proporcionó la espada. Pero si vuestra alteza me la regala, la guardaré siempre. Yo haré un anillo de madera a la abuela.

La Princesa entonces replicó:

—Ofrece esa sortija a la vieja Chita y toma esta otra, la que llevo siempre, para ti. Pero, en cambio, tienes que hacerme una de madera...

La Corte del Rey comprendió con esto que Pelos y la Princesa se casarían, pues se ofrecieron una entrevista en el Castillo del Mar, después de que el muchacho diera un beso a su padre y ofreciera la sortija a la ancianita.

Y se casaron, en efecto.



CONCURSOS PERMANENTES

EL DE PROBLEMAS

HORIZONTALES

1. En los cuentos.—
2. Mi mayor amigo.—5. Tiempo de verbo.—9. Flor.—17. Pronombre.
18. Tiempo de verbo.
19. Pronombre.—21. Como el 18.—22. Naípe.—23. En la comida.
24. En las aves.—25. Tiempo de verbo.—27. Color.—31. Lisa.—33. Artículo.—34. En los puertos.—36. Editor de PINOCHO.—37. Sin compañía.—38. Afir-
- mación.—40. Adorno.



VERTICALES

3. Cero.—4. Repetido para los niños.—6. El amigo de Currinche.
7. La mujer del barón de la Castaña.—8. Alimento.—9. Simpático ratón.—10. Pronombre.—11. Naípe.—12. La mujer de Ramón.—13. Amiga de Pinocho.
14. Enemigo de Pinocho.—15. Vocal.—16.

17. Mi nombre.—20. Pronombre.—21. Atraverse.—26. Tiempo de verbo.—27. Idem.—28. Jefe ruso.—29. Empleo.—30. Artículo.—32. En las obras.—33. Artículo.—35. Cronómetro.—39. Infinitivo.

MANUEL ARGÜELLES JUANES.
Trece años. Oviedo.

49. P. Sección B.

PROBLEMA

CUMILL. LATANLE. ASEMAGRE

Combínense las letras de estos tres nombres, de forma que compongan los nombres de tres plazas de Marruecos, de la zona, del protectorado español.

B. RODRÍGUEZ.
Trece años. Marín.

50. P. Sección B.

La cruz griega.

He aquí una cruz griega. Y vosotros diréis: Bueno, y ¿qué hacemos con esta cruz? Pues lo que tenéis que hacer es deshacerla. He aquí el quid.

Se trata de dar a esta cruz dos tijereta-
zos rectilíneos, de forma que quede dividi-
da en cuatro trozos, y con estos cuatro pe-
dazos construir un cuadrado perfecto.

LUIS FLORES DE LOSADA.
Doce años. Segovia.

52. P. Sección B.

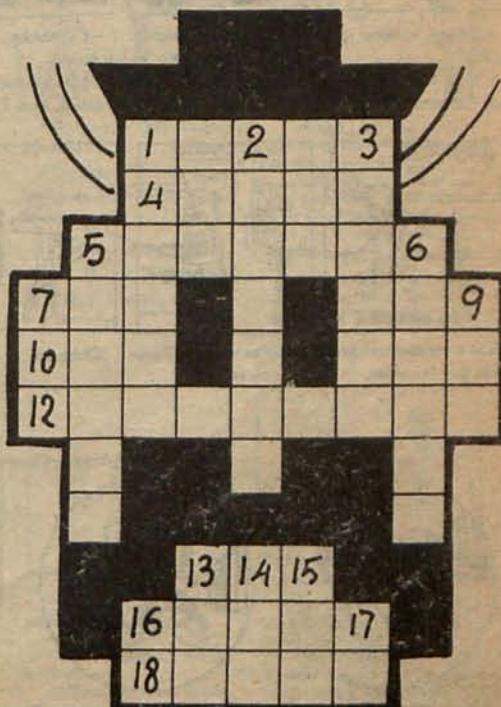
El cuadro mágico.

Aquí tenéis un cuadrado con veinticinco
cuadritos. En cada uno de estos cuadritos
habéis de colocar uno de estos números:
11-4-17-23-1-14-21-13-22-9-16-3-8-20-7-25-
19-6-2-15-10-18-5-12 y 24, de forma que,
sumadas las filas de cuadritos, tanto verti-
cal como horizontalmente y las diagonales
de extremo a extremo, den el total de 65.

GREGORIO PECES
Trece años. Madrid.

54. P. Sección B.

Don Turulato.



Lista de indicaciones.

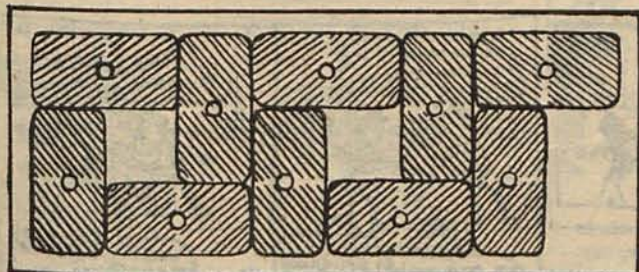
HORIZONTALES

1. Día de la semana.
4. Barrio y cervcería de Madrid.—5. El que duerma con la boca abierta.
7. Planta purgante.—8. Tejido muy fino.—10. Número.—11. Letra.—12. Vástago de la vid.—13. Nombre de letras.—16. Diosa de la Agricultura.—18. Instrumento agrícola.

VERTICALES

7. Interjección.—5. Naturales de un territorio alemán.—1. Nombre de mujer.—16. Nombre de letra.—13. Río catalán.—2. Nombre de varón.—14. Epoca.—15. Deseo de beber.—3. Util de cocina.—17. Preposición e interjección.

JOSÉ M.ª SÁENZ Y TRILLO.
57. P. Sn. B. 12 a., Santander.



Fichas del dominó.

Colóquense diez fichas de dominó en la misma forma que indica el dibujo, de modo que queden dos huecos solamente. ¿Cómo conseguiréis que, con solo tocar una ficha, aparezcan cuatro huecos, o sea dos más de los que había?

LUIS BERMEJO.

Quince años. Cintruénigo.

51. P. Sección B.

Los cuadros.

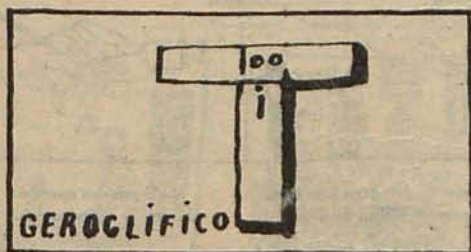


Con ocho palitos o tiras de papel, no importa el tamaño, siempre que los cortos sean la mitad justa de los largos, habréis de construir tres cuadros iguales. ¿Cómo?

JOSÉ CERÓN.
Algeciras.

53. P. Sección B.

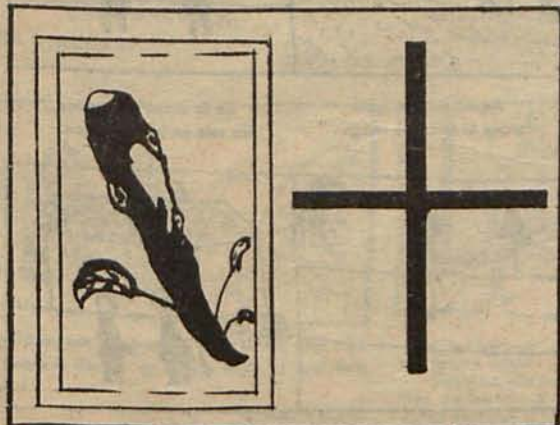
Jeroglífico.



MAURICIO GARRÁN.
Doce años. Valladolid.

55. P. Sección B.

Jeroglífico.



FRANCISCO SANCHO.
Trece años. Córdoba.

56. P. Sección B.

CONCURSOS PERMANENTES

DIBUJOS :: HISTORIETAS :: CHISTES ILUSTRADOS :: CHISTES SIN ILUSTRAR :: CUENTOS ILUSTRADOS O SIN ILUSTRAR

HISTORIETAS



Por estar jugando un día, le cogió la tarde a Andresito.



Andresito, muy deprisa, va para la escuela.



Andresito entra en la escuela.



[Pobre Andresito!]

OSCAR LÓPEZ.—Diez años. Ciudad Real.—14. H. Sección B.

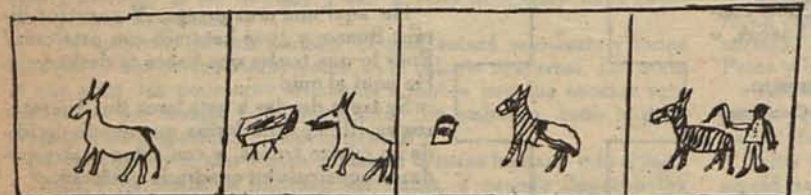


Don Turulato y Currinche al irse un día a acostar tuvieron los dos que exclamar: —¡hay en la cama una chinche!

Don Turulato quedó inerte y por poco se pone malo; mas cogió con Currinche un palo para dar a la chinche muerte.

Por querer dar a la chinche se dieron el uno al otro, y por poco os quedais vosotros sin Turulato y Currinche.

ALBERTO DE MÁRQUEZ.—Doce años. Navalperal (Ávila).—15. H. Sección B.



Alfonso Brioso tiene un burro muy her- [moso.

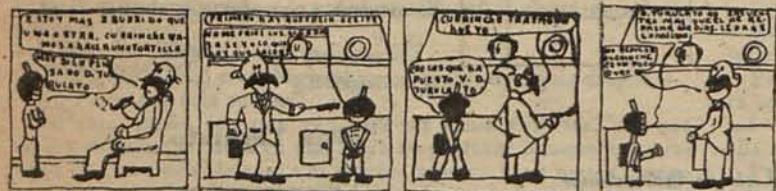
Le da poco de comer y el asno se enfada con [él.

En un descuido del amo de cebra se ha disfrazado.

Y cuando Brioso lle- [ga, exclama: Esto no es un [burro; esto es una cebra.

ROGELIO M. LONGHLING.—Diez años. Buenos Aires.—17. H. Sección B.

DE COMO PASA EL RATO CURRINCHE Y DON TURULATO



—Vamos a hacer una tortilla.
—Muy bien pensado, gados, Currinche; ya sé lo que hay que hacer.

—Hay que freír aceite.
—No me frías los hi- [nos.

—Currinche, tráeme un huevo.
—¿De los que ha pue- [da a usted lo mismo?

—No encuentro más que el de la costura. ¿Le da a usted lo mismo?
—Es un poco duro, Currinche.



Vas a ver con qué gra- [cia le doy la vuelta.

¡Que se va, Don Turu- [lato, que se va!

¡Ohhh...!

—Sin tortilla, Currinche.
—Sin tortilla, Don Turulato.

OSCAR LÓPEZ.—Once años. Vitoria.—18. H. Sección B.

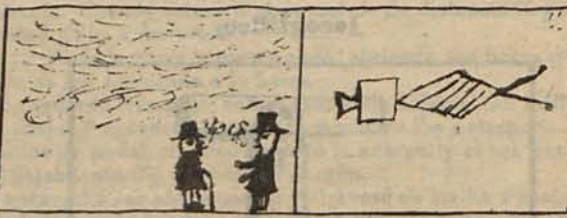


Vaya una angula para un almuerzo.

Esperáte que me agarre a este rama.

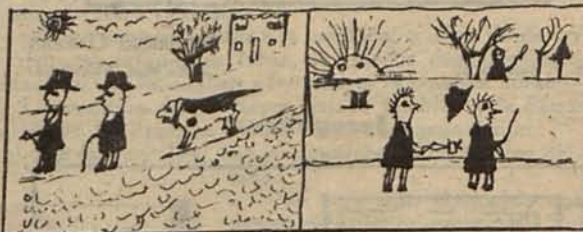
Cómeme ahora.

M. HERAS.—Doce años. Madrid.—19. H. Sección B.



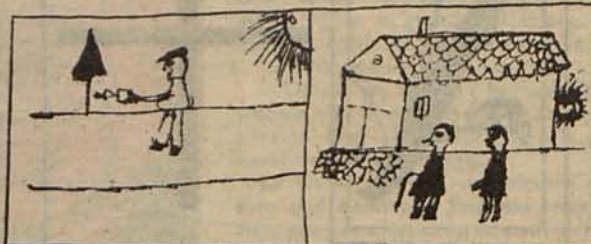
Modesto, con gran contento, le expuso su último invento.

Un ingenioso aparato para cazar «gurrupatos».



Aquel día, sin igual, salen al campo a cazar.

En la mitad del camino les sale un ladrón ladino.



Robando el aparato con gran saña el muy ingrato.

Y se fueron a su casa sin aparato y sin caza.

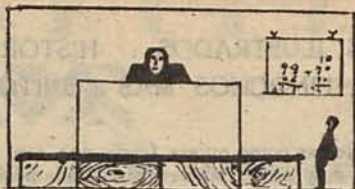
ANDRÉS ANTÓN.—Doce años. Almedralejo.—20. H. Sección B.

CHISTES ILUSTRADOS



—Oye, me ha dicho Pérez que no te da más que diez duros por el cuadro.
—Pues entonces no sigo haciendo el indio.

LUIS GARCÍA DE MARCO.
Nueve años. Madrid.
45. CH. I. Sección A.



El maestro.—¿Dónde se crían las águilas?
El niño.—En el nido.

JUAN OSUNA DE SOLÁ.
Once años. Cáceres.
46. CH. I. Sección B.



—Oye, René; ¿de qué madera está hecho Pinocho?
—Pues... de pino-ocho.

MARIANO BARCIA.
Once años. Córdoba.
47. CH. I. Sección B.



El profesor.—¿A qué género pertenece la palabra «bastón»?
El discípulo.—Al masculino.
El profesor.—¿Y «paraguas»?
El discípulo.—Al femenino, porque es un bastón con faldas.

ALBERTO DE MAGNA.
Doce años. Navalperal (Ávila).
48. CH. I. Sección B.



—Pero, oye; ¿qué le ha pasado a tu hermano?
—Que se ha suicidado.
—¿Por qué?
—Porque esta semana no ha podido comprar PINOCHO.
CARMENCITA ESPINOSA.—Ocho años. Madrid.
49. CH. I. Sección A.



—¿Me he dejado aquí, por casualidad, un paraguas?
—Sí, señora; aquí lo tiene.
—¡Gracias a Dios que lo encontré! ¿Querrá usted creer que he ido a preguntar a otras tiendas donde había estado y me lo han negado?
JESÚS CASTELLÓ.
Trece años. Madrid.
50. CH. I. Sección B.



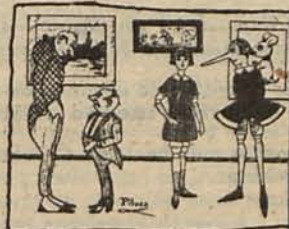
—¿A que no habéis cogido nunca un pez tan grande como éste?
—¡Tú sí que no te has fijado en la «merluza» que llevamos!

ERNESTO GONZÁLEZ.
Doce años. Madrid.
51. CH. I. Sección B.



—Mira que sombrero. ¿De quién será?
—Me parece que es de aquel borracho.
—Ca, hombre; los borrachos pierden la cabeza, pero no el sombrero.

JOSÉ BAQUÉ.
Trece años. Zaragoza.
52. CH. I. Sección B.



—Oye, Pinocho; ¿quiénes son esos dos hombres?
—Pues, el más alto, un gentil-hombre, y el chiquitín, un grande de España?

PILAR GILLIS YUSTE.
Trece años. Guernica (Vizcaya).
53. CH. I. Sección B.



—Oye, Felipe; tu casa está ardiendo.
—¡Hombre, me alegro por las pulgas!

AFRIQUITA LOZANO.
Ocho años. Tetuán.
54. CH. I. Sección A.



—Me parece que en esta ocasión me va a caer la gorda.
MARCIAL GARCÍA.
Catorce años. Avilés.
55. CH. I. Sección B.



—¿Por qué me pegas?
—¿No me has pedido pan?
—Sí.
—Pues como no lo tengo, te doy tortas.

LOLUCHI D. AMERONA.—Trece años. Badajoz.
56. CH. I. Sección B.



El niño.—Soy un «as» del fútbol. Más aún, soy un «sol».
La mamá.—¡Conque un «sol», eh! Pues ten cuidado con la luna.

CARLITOS FALQUINA.—Diez años. Madrid.
57. CH. I. Sn. B.



EN LAS ELECCIONES
—¿Por quién vota usted?
—Yo, por las alparagatas, que tienen suela de goma.

JOSÉ AMANDO.
Doce años. Madrid.
58. CH. I. Sección B.



—¿Cuál es el colmo de un panadero, Currinche?
—Amasar pan-deros, Don Turulato.

J. LASTRA CANCIO.
Ombiaño (Lugo).
59. CH. I. Sn. B.



—Dime, Pinocho; ¿cómo se escribe gripe?
—En este pueblo, con acento. Bien claro lo dice en el periódico: la gripe se acentúa en las provincias.

PILAR GILLIS YUSTE.
Trece años. Guernica (Vizcaya).
60. CH. I. Sección B.



Don Turulato.—Cuando juego al billar, Currinche, no hago ninguna carambola a causa de la corbata.
Currinche.—Pues quítasela antes de empezar.

JOSÉ M.^a CORTÉS.
Catorce años. Madrid.
61. CH. I. Sección B.



Pirula.—¿Quién llama?
Chapete.—Yo, Chapete.
Pirula.—No puedo abrirte. Estoy muy ocupada haciendo secciones para mis queridos lectores.
Chapete.—¡Hay que ver; siempre preocupada con lo mismo!

MAGDALENA SOFÍA CANTILLO.
Once años. Sevilla.
62. CH. I. Sección B.



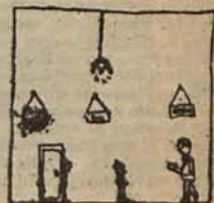
—¿Cuál es el colmo de un aviador?
—Hombre, no lo sé.
—Dejar la carrera por conseguir otra posición más elevada.

F. CRUZ.
Cuenca.
63. CH. I. Sn. B.



Pirula.—¿Qué haces, Pinocho?
Pinocho.—Yo no estoy haciendo haces, sino escribiendo.

Diez años. Madrid.
MIGUEL MOCHÓN.
64. CH. I. Sección B.



—Papá, yo no quiero volver al colegio, porque el profesor está loco.
—¿En qué te fundas, niño, para decir eso?
—Porque ayer me dijo que 3 y 2 eran 5, y hoy me ha dicho que 4 y 1 son 5.

JOSÉ LUIS FERNÁNDEZ.
Once años. Madrid.
65. CH. I. Sección B.



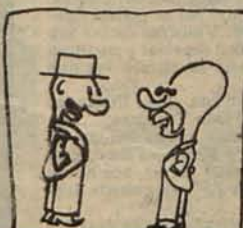
—¿Cómo has cambiado, Paco! ¡Hace diez años me hubieras llevado en brazos hasta el final de la cuesta!

JUAN A. VALDÉS.
Panamá.
66. CH. I. Sección B.



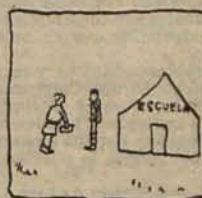
—¡Qué bárbaro! ¡Pintar una señora calva!
—Fíjate en que tiene debajo un letrero que dice: «Gran ocasión». ¡Y la ocasión la pintan calva!

ISIDRO ARCOS CASTRO.
Doce años. Albacete.
67. CH. I. Sección B.



—Oye, Pepe; ¿por qué te cortas el pelo al rape?
—Para que no me lo tomen.

BENIGNO DE D.
Diez años. Cuenca.
68. CH. I. Sección B.



—¿Sabes que han despedido a don Ramón?
—¿Por qué?
—Porque pegaba mucho a los alumnos.
—Claro, él, como estaba sordo, no sentía el daño.

AMADEO TAMARIT.
Diez años. Valencia.
69. CH. I. Sección B.



—Me extraña que tu abuela, cuando cruza frente a mi casa, pase de largo.
—¡Pero, mujer; con sesenta años quieres que se ponga falda corta y calcetines!

ABELIN SÁNCHEZ AZPIAZU.
Nueve años. Madrid.
70. CH. I. Sección A.

¡9 CONCURSOS PERMANENTES!

PROBLEMAS :: SOLUCIONES :: CHISTES :: CHISTES ILUSTRADOS :: HISTORIETAS :: DIBUJOS
CUENTOS :: COLORIDO Y DE LOS PINOCHOS MÁS BONITOS

- 1.º *De problemas.*—Cada lector tiene derecho a enviarnos tantos problemas como quiera (cada uno con su cupón correspondiente), y los que lo merezcan serán publicados dentro de este Concurso. Aparte, y muy clara, debe enviarse cada problema con su solución.
- 2.º *De soluciones.*—Consistirá en buscar las soluciones a los problemas del Concurso anterior y a los demás que se publiquen. Con las soluciones de los problemas de cada número hay que enviar el cupón del concurso correspondiente al mismo número.
- 3.º *De chistes ilustrados.*—Entrarán en este Concurso los dibujos que recibamos correspondientes a un chiste que les sirva de epígrafe.
- 4.º *De historietas.*—O sea de series de dibujos unidos entre sí con una idea común, con o sin el texto correspondiente.—Las historietas tendrán no menos de dos ni más de ocho dibujos.
- 5.º *De dibujos.*—Los dibujos sueltos que no sean chistes entrarán en este Concurso.
- 6.º *De chistes sin ilustrar.*—Se publicarán los que recibamos y merezcan entrar en este Concurso.
- 7.º *De cuentos ilustrados o sin ilustrar.*—Los cuentos deben enviarse escritos por una cara de papel y no tener más de 2.000 letras. Si tuviese ilustraciones, mandarlas en papel aparte.
- 8.º *De colorido.*—Consiste en iluminar los dibujos que publicamos para ese efecto en forma lo más igual posible a los colores en que están publicados en la **Serie Pinocho contra Chapete**.
- 9.º *De los Pinochos más bonitos.*—Consiste en hacer una lista de la **Serie Pinocho contra Chapete**, ordenada según la preferencia del pinochista.

OBSERVACIONES GENERALES

- 1.º Las condiciones completas de estos Concursos y sus premios se han publicado en números anteriores de PINOCHO.
- 2.º Con cada trabajo hay que mandar un *Cupón de concursos*. Es decir, que no basta un cupón para un solo envío que contenga varios trabajos, sino que hay que mandar tantos cupones como trabajos. Los suscriptores gozarán de una ventaja: con un solo cupón pueden enviar un trabajo para cada Concurso, pero sólo uno para cada Concurso. Es decir, que si envían tres trabajos para un solo Concurso tendrán que enviar tres cupones; pero si envían tres trabajos diferentes, uno para cada Concurso, lo pueden hacer con un solo cupón.
- 3.º Todos los dibujos que tienen que publicarse deben venir hechos con tinta negra (no es necesario que sea con tinta china).
- 4.º Es muy importante indicar en el cupón la edad del remitente, porque, como hemos anunciado, cada Concurso tendrá dos secciones: una para niños menores de diez años —A—, y otra para niños mayores de diez años.—B.

CORRESPONDENCIA

En esta sección contestaremos a cuantos nos consulten por escrito. Pero tengan en cuenta los que nos escriban que la contestación a sus cartas tardará en publicarse aproximadamente un mes, por necesidades impuestas por la confección del periódico. Eso sí, *contestaremos a todo el mundo*.

Arturo Collado. (Albacete).—Necesito saber tu dirección—tu domicilio en Albacete— para remitirte una carta que tengo para ti.

Joaquín Herráiz. (Murcia).—Tu idea es ingeniosa, pero no sabemos de nadie que la practique. En todo caso, no dudes de que agradeceremos muchísimo tu afecto y tu buen deseo, y que tus inspiraciones y consejos, como los de todos los Pinochistas, serán tenidos en cuenta siempre que sea posible.

F. S. (Madrid).—Sin duda no te has fijado en que no basta enviar a mis Concursos unos versos bonitos, sin que además necesite el pequeño detalle de ser original del Pinochista remitente. Ya comprendo qué es eso: que no te has fijado, y no que quieras hacer pasar por tuyas fábulas tan corrientes como *El camello y la pulga* o *El poeta y la rosa*. Fíjate también en que una cosa son los *Boletines de volación*, que sirven para decir cuáles trabajos de los publicados en el mes han gustado más, y otra cosa los *Cupones de Concursos* que deben acompañar a cada trabajo remitido para dichos Concursos. Seguramente vas a enviarnos pronto algún trabajo interesante que publicaremos con el mayor gusto.

Mercedes y Conchita Rey. (Cuba, Nueva York, Coruña, París, Madrid, etcétera, etc.).—Mis queridísimas amigas: Como prometí en mis líneas particulares, contesto a las vuestras, que, hablando en verdad, me han llenado de honda, intensa y agradable emoción. Desde luego, vuestros trabajos quedan admitidos, y, poco a poco, según las posibilidades de la Revista, irán saliendo los dibujos. Estos han gustado mucho a Pinocho. También a Pirula, quien siente por vosotras la más viva y eficaz simpatía.

Admirables cubanitas, listas y simpáticas cubanitas como solís, sabréis gustar, en este viaje por España, de cuantas cosas agradable pueda ofrecer la cercanía de Pinocho. Este acompañaría a sus amigas con mucho gusto si, contra sus más íntimos deseos, no se viera sujeto, por las obligaciones que le impone su Revista, a un trabajo duro, de cuarenta y cuatro horas diarias.

Pero de todas formas... ¿No os basta con saber que Pirula, Pinocho, Currinche y Don Turulato están a vuestro lado, espiritualmente? No os podéis figurar la simpatía que habéis despertado por estos lugares. Vuestras cartas son leídas con avidez; vuestros trabajos son contemplados con especial y cariñosa atención. Esperamos, por consiguiente, que no será esta la última vez que recibamos letras vuestras.

Sean bien venidas las admirables cubanitas, y reciban con estas líneas los saludos más cariñosos de Pinocho, Pirula, Currinche y Don Turulato.

Pilar Gillis Yuste. (Guernica).—Nuestra «antiquísima» amiga Piluca: Si lees la carta que sigue, verás cuáles son los deseos de Mercedes Rey. Esta Pinochista cubanita, que ha venido a España a pasar unos meses, nos ha escrito con muchísimo afecto, rogándonos la publicación de la siguiente deliciosa carta:

«A la simpática niña Pilar Gillis Yuste: Aunque no tengo el gusto de conocerte, simpática Pilar, me tomo la frescura de escribirte para que sepas que Mercedes Rey te estima y desea conocerte. Mi dirección es «Hotel Palaces», La Coruña. Dime la tuya. Si tú me hicieras el favor de contestarme, te lo agradecería. También te agradecería me dijeras a dónde se le puede escribir a Loluchi Díaz Ambrona, pues quiero escribirle. Dime tu edad, mándame tu retrato para conocerte, y si tú lo desearas me mandas tu dirección, te mandaré uno mío.

«Sin más, se despide por hoy, y te pide mil perdones por su frescura, tu futura amiga, Mercedes Rey.»

Sofía Cantilo. (Sevilla).—Me parece que no llevas razón. Nosotros estamos dispuestos a publicar cuantos trabajos nos remitas siempre que, de acuerdo con las condiciones de concursos, lleguen con sus cupones correspondientes. No tendré que decirte que tus pequeñas obras nos satisfacen muchísimo y que son, precisamente, de las mejores, de las bonitas que entran en PINOCHO. En cuanto al asunto de los cupones, te diré: Cada trabajo—un chiste, un dibujo, una historieta—debe venir con su cupón correspondiente, así como también las soluciones de los problemas. No vale mandar varios trabajos con un solo cupón. Todo esto se ha explicado varias veces en las condiciones de los concursos permanentes; pero como me pides esta nueva lección, te la doy, y con mucho gusto, seguro de que quedarás completamente enterada.

Marichu H. Lezamu. (Madrid).—Mi querida Marichu: Sabíamos que eras una niña graciosísima, inteligentísima, habilísima. Lo sabíamos, pero no pudimos pensar nunca que fuese tanto. Tu dibujo, tu admirable y extraordinario dibujo, viene en el día de hoy a demostrarnos tu talento, y no puedes darte idea del éxito que ha obtenido tu obra. Todos han alargado el cuello para ver tu casa de la Castellana; todos han quedado sorprendidos y todos, sin excepción, han deseado pasar un día en esta mansión, asomados a estas ventanitas de gillotina. ¡Qué bien se verá pasar la gente, y los tranvías, y los autos desde tu palacio! Pinocho tiene muy poco tiempo, bien lo sabes; pero el día que se decida a dar un paseo, seguro que echará por ahí, por la Castellana, con el deseo de ver tu casa. ¡Ah!, si tú estuvieras en la puerta, no dudo que le harías pasar.

No tendré que decirte que tu dibujo, como todo lo que de ti nos venga, se publicará, pues demás sabes tú—y con lo lista que eres!—que aquí estamos dispuestos a complacerte en todo momento. Y si hemos dicho anteriormente, en otros números, algunas palabritas para tus primitas y nada para ti, ello era natural, pues de tus habilidades no teníamos otra cosa que referencias.

Abrazos de Pinocho, besos de Pirula, apretones de manos de Don Turulato y Currinche.

PINOCHO CUPÓN DE CONCURSOS

DEL NUM. 29

El Pinochista D.

de años, y cuyas señas son

remite un trabajo para el Concurso de (1).

Fecha (Si es suscriptor, poner el número)

(1) Indicar el que sea de los nueve. Leer bien las condiciones; si falta alguna, no vale el envío. Poned en el sobre: EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. Concursos PINOCHO. Apartado 447.—Madrid.

¿SABÉIS POR QUÉ?

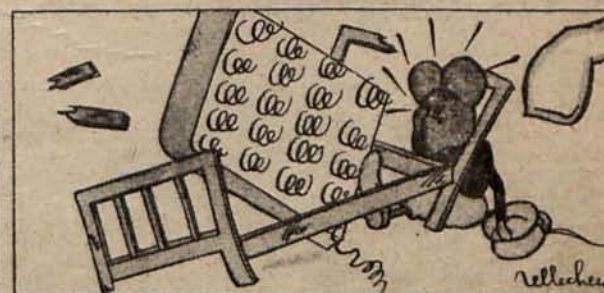
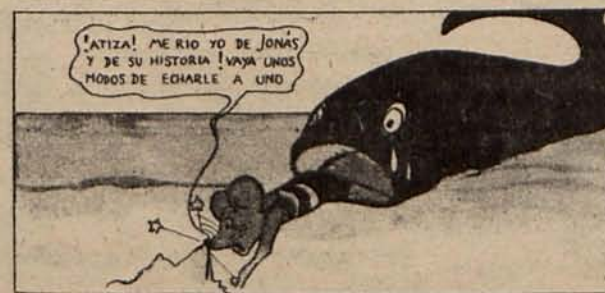
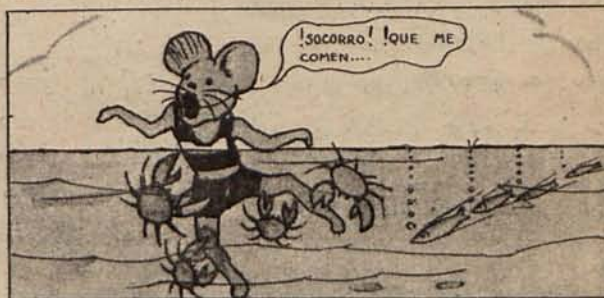
¿POR QUÉ NO PODEMOS DAR SALTOS DE SEIS O MÁS METROS?

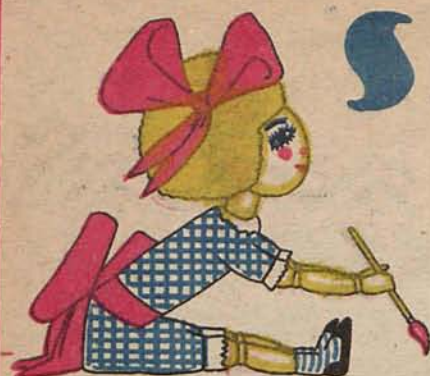
¿Qué necesito para dar un salto de seis, diez o más metros? Yo quiero dar un salto de esta clase, un salto grandísimo, pero sin peligro. Es decir, quiero dar un salto tremendo, pero no quiero dar un salto mortal. Quiero darlo, y no puedo darlo. ¿Por qué no puedo? ¿Dónde tendríamos que ir para elevarnos a cuarenta, cincuenta o más metros, sin aeroplano, por propia fuerza de nuestras piernas? Primeramente os diré por qué no puedo realizar mi deseo, y luego, a renglón seguido, dónde podría realizarlo. Ahora mismo no puedo elevarme más allá de un metro. Tomo carrera, subo por un trampolín, y cuantas veces brinco me convengo de que es imposible mi anhelo de saltar como saltaría un gigante. Se opone a ello, sin duda alguna, la Tierra, nuestro planeta. Si; nuestro gran planeta tira de mí apenas comienzo a elevarme, y me hace volver al suelo. La fuerza de atracción de la Tierra me impide brincar en gran escala. Esa fuerza, que es muy grande, atrae todas las cosas: la hoja que se desprendió del árbol, el bastón que se ha escapado de mis manos, todo, todo lo que se abandona en el aire. Está visto: la fuerza de atracción no me dejará faltar a mi gusto, se opone a mi capricho, tira de mí. Yo no tengo tanta fuerza como la Tierra, y ésta me vence. ¿Qué tendría que hacer



un servidor para brincar a su gusto? Muy sencillo. Un viaje. Si la Tierra fuese más pequeña, su fuerza de atracción sería también más pequeña, y entonces... Si la Tierra fuese siete veces más pequeña que lo que es, yo podría dar, sin duda alguna, un salto siete veces mayor; es decir, si ahora me elevo a un metro, entonces, como es lógico, me elevaría a siete metros más, de un brinco; sin gran esfuerzo, me alzaría hasta el piso principal de mi casa. Esto estaría bien, pero hay que desistir de ello, por imposible. ¿Qué hemos de hacer entonces? Ya lo he dicho, un viaje. Para dar ese salto necesito irme de la Tierra. ¿Dónde? Necesito irme a otro astro. Por ahí los hay, en el firmamento, mucho más pequeño que nuestro planeta. De llegar a uno de ellos, podría realizar mi capricho. Con una ligera flexión de mis piernas, me alzaría cuanto quisiese, pausadamente, y descendería con la misma pausa. Es una verdadera lástima que la Tierra sea tan grande como es. ¡Ah!, si fuera más pequeña, su fuerza de atracción sería también más pequeña, y todos podríamos elevarnos a una bonita altura. Entraríamos en nuestra casa, muy naturalmente, por el balcón, y atravesaríamos las calles de mucho tránsito, alzándonos por encima de los cables de los tranvías y salvando el peligro de los automóviles.

HAZAÑAS DEL RATON DON ROQUESO





SECCIÓN PIRULA

PIRULA, BORDADORA

Delantal.—A Ninito (¡cualquiera adivina que el verdadero nombre de Ninito es Francis-

de mañana se hará marino, o arquitecto o, en todo caso, repostero (por lo de los flanes).

col, ¿verdad?) le gusta el mar con locura; casi, casi estoy por decir que le gusta más que el arroz con leche.

Se pasa diez meses del año soñando con los dos meses de verano en que sus papás le llevan a una playa.

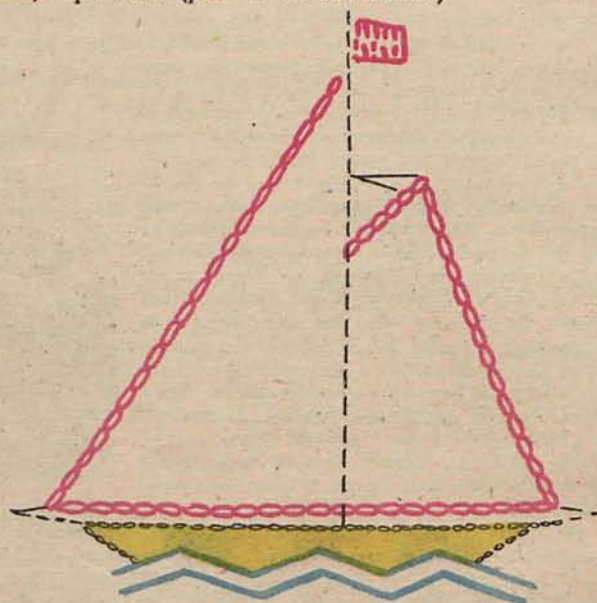
Yo creo que también el veraneo es agradable en la Sierra o en el campo, y si me apuran un poco diré que también lo es en Madrid, donde hay un Retiro, y un Parque del Oeste, y una Moncloa, y unos refrescos de horchata, y unos alrededores para excursiones de domingo, y ¡tantas y tantas ventajas más!

Pero el caso es que Ninito no concibe el veraneo sin el mar, y aquí le tenéis ostentando un delantal completamente marítimo, que le ha bordado su hermana mayor, la primorosa y aplicada Pilarín, según un modelo que yo he ideado para vosotras y que la muy curiosa ha descubierto al acabarle yo de dibujar.

Como veis, es sencillísimo de hacer: El barco se compone de un trozo de tela blanca, recortado y pegado a punto de cadeneta, con un mástil a punto de zurcido, así como la banderita y el trozo de tela amarilla que forma la quilla. La ola va a punto de cordón, menudo. A Ninito le ha encantado este delantal, tan conforme con sus aficiones, y va más orgulloso que Don Rodrigo en la horca, con su cubo y su pala, dispuesto a hacer con arena mojada flanes succulentos y a edificar castillos magníficos, acueductos formidables y fortalezas inexpugnables.

Almohadón.—Si por lo que antecede fuerais a sacar en consecuencia las disposiciones de Ninito para tal o cuál carrera, pensaríais seguramente que el día

Pues no, señor; yo casi estoy por creer que Ninito será... ¡buzol



En efecto; lo que más le gusta del mar son los peces; tanto es así, que prefiere el pescado frito a los dulces, y de la serie de «Aventuras de Pinocho», su predilecta es «Pinocho en el fondo del mar».

Desde que lo leyó no sueña más que con la fauna submarina; y de tal modo me ha contagiado su manía, que al ir a crear un nuevo modelo de almohadón me ha salido, como veis, un pez con toda la barba.

Y me alegro, porque es precioso y original; las ondas que tiene deben hacerse sobre el fondo azul —de un azul fuerte—, bordadas a punto de festón, en blanco y ribeteadas en negro a punto de cordón.

El divertido efecto de la cola se logra sencillamente —a la vista está—, dejándola sin rellenar y anu-

dándola fuertemente.

Si queréis podéis ribetear todo el almohadón con un fleco negro, pero de hebras muy breves, a fin de que se mantenga tieso.

¡Ah! Lo que ignoro es el nombre de este pez; el mismo Pinocho me ha asegurado que en su excursión a los dominios de Neptuno no vió ninguno que se le pareciese.

